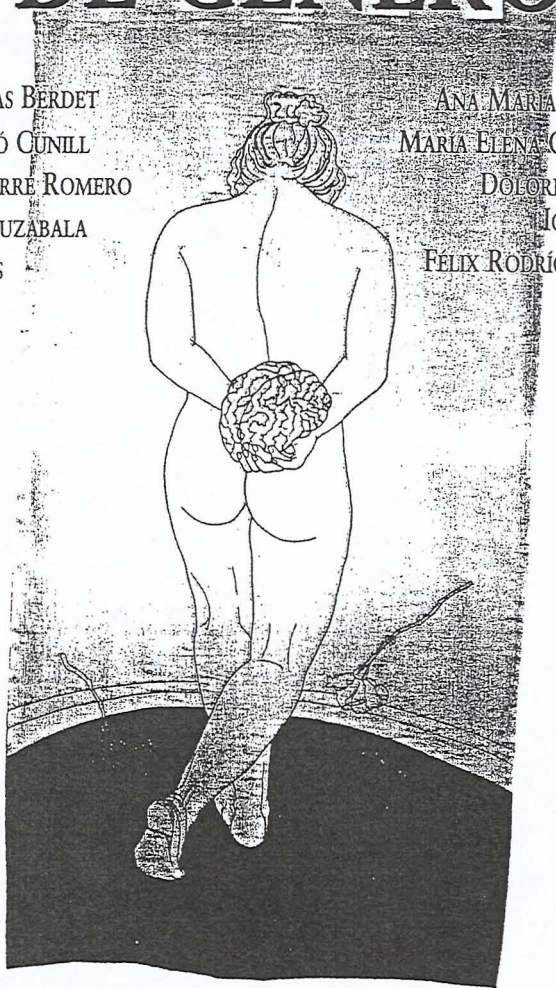


ANA MARÍA VIGARA TAUSTE (dir.)

DE IGUALDAD Y DIFERENCIAS: DIEZ ESTUDIOS DE GÉNERO

ESTHER FORGAS BERDET
EULÀLIA LLEDÓ CUNILL
JOAQUÍN AGUIRRE ROMERO
IBAI ARAMBURUZABALA
ANGIE SIMONIS

ANA MARÍA VIGARA TAUSTE
MARIA ELENA GÓMEZ SÁNCHEZ
DOLORES ANUNCIACIÓN
IGUALADA BELCHÍ
FELIX RODRÍGUEZ GONZÁLEZ



De igualdad y diferencias: diez estudios de género

ANA MARÍA VIGARA TAUSTE (dir.)

ESTHER FORGAS BERDET

EULÀLIA LLEDÓ CUNILL

JOAQUÍN AGUIRRE ROMERO

MARÍA ELENA GÓMEZ SÁNCHEZ

DOLORES ANUNCIACIÓN IGUALADA BELCHÍ

IBAI ARAMBURUZABALA

FÉLIX RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

ANGIE SIMONIS

ANA MARÍA VIGARA TAUSTE

HUERGA & FIERRO editores

2009



*La presente obra ha sido editada con subvención
del Instituto de la Mujer (Ministerio de Igualdad)*

Diseño de la Colección: Huerga y Fierro

Primera edición: febrero, 2009

© Ana María Vigara Tauste (dir.)

© Portada de Mayra Alpízar

© De sus autoras y autores
derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo

© 2009: Huerga y Fierro editores, S.L.U.

c/ Vizcaya, 4

28045 Madrid

Tel.: 91/467 63 61

Fax: 91/463 67 69

huerga@huergayfierro.com

I.S.B.N.: 978-84-8374-750-6

Depósito Legal: M-976-2009

Impreso en Pinares Impresores, S.L.

Impreso en España/Printed and made in Spain

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial y de los autores y autoras.

El estereotipo femenino en la caracterización gay

FÉLIX RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Universidad de Alicante

0. Introducción

Los cambios de mentalidad y actitudes producidos en los dos últimos siglos y de manera especial en las últimas décadas en torno a la homosexualidad y la cuestión del género han sido verdaderamente espectaculares tanto dentro como fuera de la comunidad gay.

Durante mucho tiempo y en determinadas culturas, sobre todo la hispana (y más aún en la hispanoamericana), la homosexualidad se ha venido considerando unida al afeminamiento del varón, y a la actitud pasiva mantenida durante la relación sexual¹, lo que de algún modo estaba en consonancia con la visión que se tenía del homosexual, todavía hasta el siglo XIX, como "una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre", según rezaba la definición del jurista alemán K.H. Ulrichs. Las definiciones de los diccionarios reflejan esa creencia al yuxtaponer con frecuencia ambas cualidades, homosexualidad y afeminamiento.

Tradicionalmente al homosexual se le ha dividido en dos tipos según la actitud, masculina o femenina, del varón, una

¹ También en el mundo islámico sólo el penetrado es considerado homosexual, lo que explica la ausencia de palabras para el concepto de 'lesbiana'. Por contra, en Estados Unidos y Europa se considera homosexual tanto al activo que penetra como al pasivo que es penetrado.

actitud a veces perpetuada por algunos gays que al formar pareja asumen tales roles de una manera bastante fiel, en una clara reproducción del orden heterosexista de hombre y mujer. Esto es lo que postuló el movimiento "homófilo" de mediados del siglo xx en EE.UU., tras la II Guerra Mundial, basando la identidad homosexual en el deseo sexual, y de algún modo la comunidad heterosexual ha subrayado la importancia de tales distinciones para darle un valor universal.

Pero la realidad es bastante fluida, y desde el movimiento de liberación gay que emergió tras los acontecimientos de Stonewall en 1969, se ha venido asumiendo que el individuo debe liberarse de las restricciones de un sistema basado en el sexo y el género de forma que los papeles homosexual y heterosexual, y masculinos y femeninos, no se excluyen entre sí. De esta forma tales etiquetas se tornaron irrelevantes y se vio que la cultura gay ayudaba a establecer los fundamentos de una sociedad andrógina utópica. (Barrett 2003:536-537)

Este modelo expresado en términos de cultura y no de deseo, vino contrapesado por otras formas de pensar en los años 70 y 80 que han basado la identidad gay en el deseo sexual y por la aparición de subculturas que refuerzan el estereotipo de la masculinidad, siendo el caso más extremo las de los amantes del cuero (o "leather") y el "sodomazo".

En la década de 1990, de nuevo surge un movimiento cultural, el "queer", que vuelve al modelo de identidad basado en la cultura, concibiendo una comunidad idealizada definida no por el deseo sexual y las prácticas sociales comunes sino por su oposición a la cultura hegemónica heterosexual. La identidad de deseo y género pasan a verse como componentes dentro de un amplio sistema de actuaciones performativas, para así superar la división entre los dos puntos de vista sobre la identidad gay.

A pesar de la radicalidad de la teoría queer, su influencia se ha dejado sentir en el pensamiento actual y ha reforzado algunas ideas sobre la identidad manifestadas por el movimiento de liberación gay. La homosexualidad pasa a considerarse una cuestión de necesidad emocional –y no solo sexual– que nada tiene que ver con la apariencia externa. Se cuestiona la validez de los roles de género, y se rechaza la validez de los conceptos masculino y femenino con las asociaciones de dominio y sumisión que llevan aparejadas. El hombre con deseos hacia otros miembros de su mismo sexo

puede asumir una identidad gay, basada en deseos sexuales, pero se añaden también rasgos sociales y culturales que se desarrollan más allá del deseo original. Y el acto sexual que ejecuta no tiene que ver con su identidad gay, pudiendo mostrar diversas preferencias en la postura adoptada en la relación (anal u oral).

El rechazo de roles basados en el sexo que se creen equivocados no debe, sin embargo, llevar a los gays a avergonzarse de la apariencia y los modales más femeninos de algunos, que tienen su mayor exponente en "la loca", pues al hacerlo lo que consiguen es apoyar la rigidez de los roles de género y confirmar una definición del hombre de la que quedaría excluida la homosexualidad.

A pesar de los largos y decisivos pasos dados recientemente en pro de una normalización social gracias a la presión del movimiento de liberación gay, aún subsiste el estigma. Y el mejor recordatorio de esa diferencia es el lenguaje donde la sociedad heterosexual y a veces hasta los mismos gays han venido plasmando sus prejuicios atávicos y su forma de ser, sobre todo al referirse a ellos mismos, ya sea utilizando voces de argot, y frases humorísticas o insultantes, o expresiones más técnicas y descriptivas. En lo que sigue examinaré uno de los principales estereotipos sobre la homosexualidad, el que la equipara con el afeminamiento del hombre, intentando ahondar en las relaciones entre ambos conceptos para pasar después a rastrear sus manifestaciones en el léxico, tanto en inglés como en español, y sus connotaciones dentro y fuera de la comunidad gay.

1. Referencias femeninas en las denominaciones y alusiones gays

1.0. Femeineidad y homosexualidad

En el mundo antiguo —griego o romano—, el concepto de afeminamiento no estaba necesariamente ligado a la homosexualidad, por la sencilla razón de que, para empezar, las categorías homosexual y heterosexual no existían en la conciencia de la mayor parte de la gente. De hecho, muchos escritores antiguos llamaban "afeminados" a muchos varones heterosexuales (Boswell 1992:361-62). Es más, en el mundo griego se tenía la idea de que el hombre afeminado era el que

iba con mujeres, puesto que asumía sus pensamientos y se convertía cada vez más en mujer (Boswell; Férriz 2005:23).

Esto no quiere decir que el afeminamiento no estuviese presente en una relación sexual entre hombres, pero se entendía en un sentido muy especial, en relación con la pasividad en el coito anal. En efecto, tanto en Grecia como en Roma, pero sobre todo en Grecia, el comportamiento pasivo de un hombre adulto y libre en la relación sexual con otro, especialmente si era joven, era tildado de femenino y menospreciado, en tanto que ése era un papel que normalmente debería desarrollar una mujer, y hacerlo desde ese estatus de hombre libre significaba equipararse a un esclavo, pues voluntariamente se perdía su libertad para dársela a otro².

Por otro lado, el afeminamiento en la edad antigua se tomaba también en un sentido moral, lo que le hacía especialmente impreciso al abarcar no sólo la apariencia femenina, sino también el comportamiento y aspecto no convencional o estrafalario. En el hombre calificado de afeminado sobresalía a veces la crítica moral y ésta en ciertos ámbitos llegó a ser muy acre. Así, en la época romana Cicerón, en las *Tusculanas*, haciendo gala de su filosofía estoica alertó contra el alma afeminada tachándola con dureza de perversa, vil y débil³. Pero al margen de este particular sentido, si nos ceñimos al significado más usual del término (el comportamiento externo con modales femeninos), no podemos decir que en la Roma imperial el afeminamiento fuera rechazado de plano, de hecho en algunos círculos llegó incluso a ensalzarse.

Con el tiempo, sin embargo, a lo largo de la Edad Media, en plena época cristiana (aunque el cristianismo no fue el único factor condicionante), y todavía más en siglos posteriores, la represión de la homosexualidad se fue imponiendo, y la conexión entre el estilo de conducta inapropiado al sexo de un hombre (el afeminado) y la preferencia sexual (homosexual) se hizo más clara en el imaginario popular, conexión a la que no es ajena la incontestable mayor frecuencia de la conducta tenida por femenina entre los varones homosexuales. Y este prejuicio no es ajeno al hombre de la calle de hoy para quien tradicionalmente hablar de afeminamiento y amaneramiento, ha venido consi-

² Sobre este punto, y la práctica pederástica en el mundo antiguo, véase Espejo (1997a, 1997b:123-131, 2001) y Espejo / Salvador (1988).

³ Cf. Tejada/Rodrigo (1999:20).

derándose sinónimo de falta de virilidad u hombría. Exhibir rasgos de conducta o modales asociados comúnmente con la mujer implicaba negárselos al hombre, y por no asumílos la sociedad, al afeminado se le ha pasado a considerar como débil y cobarde, toda una muestra de la misoginia y machismo latente que ha perdurado hasta nuestra época. Y es que en el subconsciente de muchas personas, en coherencia con el sistema de roles de género imperante, se establece una ecuación simplista: si al hombre le gusta otro hombre, ha de tratarse de una mujer, y si biológicamente no lo es, se trata de un afeminado (cf. Enguix 2000)

La lexicografía ha sido testigo de estos cambios, como se evidencia por ejemplo al registrar la evolución semántica de un término como *marica* en español (de 'afeminado' pasó a significar también 'homosexual' y 'hombre débil de carácter'). Y estas tres marcas semánticas, y sobre todo las dos primeras, aparecen en otras voces tanto en español como en inglés.

En cuanto al estereotipo de afeminado, que subyace en la mayoría de las denominaciones del homosexual, lo más interesante desde un punto de vista léxico-semántico son las alusiones y las variopintas asociaciones que de un modo más o menos evidente tienen por centro a la mujer.

1.1. Alusiones claras a la mujer

La primera nota a destacar al examinar los términos de caracterización homosexual es la frecuencia con que se alude a la homosexualidad y/o afeminamiento, con una intención eufemística o disfemística, a través de voces que hacen referencia de manera explícita a la mujer o a la doble condición de hombre y mujer o hembra de la persona. Entre los ejemplos que he espigado figuran *adamado*, *amadamado* (del francés *madame* 'señora'), *afeminado*, *amaricado*, *amujerado*, *cuasihembra*, *femenino*, *mediohembra*, *medihombre*, *mujer*, *mujeril*, *niña*, *nenia*; también cabe añadir la voz *ruminé* ('afeminado'), procedente del caló gitano⁴. El mismo fenómeno se presenta en inglés: *womanish*, *antiman*, *unman*,

⁴ Por razones de espacio y por aparecer en mi *Diccionario gay-lésbico* (Rodríguez 2008), he dejado sin documentar algunos de los términos españoles que se citan en este trabajo.

sissy-boy, sister-boy, galboy, girlboy, lad-lass, gentlemiss, lady-boy, nancy boy, she-male.

A veces la alusión es menos explícita al adoptar un tinte más argótico, bien por vía de la metáfora (*blancanieves, ninfa, sirena*) o de la metonimia, por asociación con cualidades físicas de la mujer, como los genitales (*chocho, chochona, maricoño*⁵) y la carencia de barba (*barbilindo, barbilampiño, barbilucio*).

Metonímico también es el uso de nombres de mujer como apelativos, como el obvio y tradicional de *maría*, evocado desde hace tiempo en sus derivados *marica, maricón* y *mariquita*, y en los ya obsoletos *mariol, marión, marioso, amarionado*, a los que pueden añadirse un sinfín de creaciones ocasionales individuales recientes formadas a partir del elemento compositivo *mari-* (diminutivo de *María*), como *mariconchi, maripiercing, etc.*; reciente es asimismo el humorístico *marujo*, masculino formado por asociación con *maruja*, a partir de *Maruja*, otro nombre de mujer. Y en Hispanoamérica, *teresita* (diminutivo de *Teresa*), empleado con el significado de 'homosexual pasivo' (Mira 2002:506).

Este procedimiento retórico, conocido como "antonomasia", es aún más singular en inglés, a la vista de los numerosos ejemplos encontrados: *Agnes, annie* ('Anita'), *Betty* ('Isabelita'), *Daisy, Ethel, jessie, Lily, Nancy, Miss Nancy* (a partir del cual se ha extraído la expresión *nancy boy*), *Mary, Mary Ann, margery* (< *Margery*), *Nellie* (o *nellie*). (Cit. por Elwin/Elwin 1995, Thorne 1997, Green 2002).

1.2. El color

Una de las asociaciones indirectamente relacionadas con lo femenino es el color, que sirve para caracterizar, también metonímicamente, a la homosexualidad. La más antigua de que tengo noticia es la asociación con el color blanco. Según Ingemann (1981-82; cit. por Espejo (1990:10) en la Grecia antigua, *leikós* ('color blanco'), estaba asociado a la cobardía,

⁵ La referencia al órgano genital (vulva o coño) como metonimia de la mujer se plasma en inglés en voces tan explícitas como *puss* (que arrastra también asociaciones de 'gato', pues *pussy* 'gatuno' es un término afectivo muy corriente) y *yonis man*, derivado de la palabra india *yonis* para *vagina*, que es el hombre que gusta de ser penetrado durante el acto sexual.

al afeminamiento, dado que los hombres valientes y viriles normalmente estaban asociados a tareas donde la piel adquiría un tono moreno, ya fuera por jugar a las palestras, trabajar bajo el sol, o asistir al ágora. De este modo, por contraste, el tono pálido o blanquizco de la piel solía asociarse con la mujer que, recluida en casa, no estaba expuesta a los rayos de sol. Así se explica que llegara a formarse la palabra *leikóproptos* para referirse a los adultos que optasen por el papel pasivo en una relación sexual entre hombres.

Pero esta particular asociación sexual no ha llegado a nuestros días, bien que la morenez de la piel es una marca de prestigio que lleva a tantos, y sobre todo a las mujeres, a tostarse al sol. La que es conocida hoy es la asociación de la mujer con el *morado* (entre el azul y el rojo), el *púrpura* (rojo violáceo) y el *lavanda*, (entre azul y morado), y otros colores afines como el *violeta* (morado claro), el *malva* (violeta pálido) y el *lila* (violáceo o morado).

Algunos autores han venido argumentando como única explicación que el color morado se obtiene mediante la combinación del azul y el rojo, que designan los géneros masculino y femenino respectivamente. Pero tan extendido consenso sobre la simbología homosexual del morado lleva a pensar que las raíces son más profundas. En su conocido ensayo *Gay words, gay worlds*, Judy Grahn examina la presencia de estos colores a lo largo de la historia, de manera intermitente, en muy distintos ámbitos y tradiciones, desde civilizaciones tribales hasta otras más modernas, pero que dejarían entrever algún punto de conexión. Para empezar, según ella, el morado representa y está presente en el cambio de un estado a otro, aparece en el crepúsculo, a media luz, y también antes del alba. Y está presente en el aura durante los acontecimientos que van unidos al nacimiento y a la muerte, momentos en los cuales sirve como protección y vehículo de transformación, y este valor simbólico lo aprovecha el rito católico de la cuaresma que cubre las estatuas de los santos con ese color mientras se espera la resurrección de Cristo. Algunos —así afirman— incluso han visto el aura del cuerpo de alguna persona en ese color en los trances de la muerte. Y esa espiritualidad y ese poder quizá explique la presencia de dicho color durante la Edad Media en la vestimenta de reyes y altos dignatarios de la nobleza y el clero (recordemos el morado del hábito cardenalicio de hoy). El morado adornaba escenas de la corte medieval

donde intervenían juglares, astrólogos, adivinos, bufones vestidos de mujer (“gay” era el adjetivo utilizado entonces en inglés), arzobispos y abadesas, trovadores y poetas. En el contexto de una religión y un poder militar cada vez más masculinos la cultura gay se vio forzada a sumergirse en el “underground”, y el reconocimiento a medias que se tenía del morado como un color sagrado asociado con lo homosexual pasó a integrar relatos mitológicos camuflados⁶ y a formar parte de la cultura secreta homosexual de círculos de amigos y amantes (Grahn 1990:3-12).

Con estos antecedentes en mente se entiende que la psicología del color explique que las personas con tendencia al morado-violeta suelen tener gustos artísticos y místico-religiosos, por ese halo de misterio que encierra, y ser serios en el compromiso. Es un color que tiene impacto en la industria de perfumería para mujeres y se le considera el más sexual de todos. Se entiende también que con el tiempo este color se haya convertido en todo un emblema, especialmente para los movimientos homosexuales que surgieron en la segunda mitad del siglo xx.

En Estados Unidos al color lavanda (*lavender* en inglés) se le conoce como símbolo de los homosexuales desde la década de 1930; algunas lesbianas utilizaban el término como palabra clave entre “entendidas” para referirse a ellas mismas. Y en el diseño de Gilbert Baker para la bandera gay, el color rosa oscuro pasó a representar el sexo, y el violeta el espíritu.

Igualmente interesa recordar el rinoceronte púrpura, símbolo ideado por los bostonianos Daniel Thaxton y Bernie Toale en los años 70 para crear conciencia de la presencia de gays y lesbianas dentro de la sociedad norteamericana. El corazón del rinoceronte –animal muy tranquilo pero feroz si se le provoca– refleja la humanidad de las personas, y el color púrpura la identidad de la comunidad homosexual⁷.

⁶ El color morado aparece unido a algunas flores en la mitología griega (en los mitos de Narciso y Jacinto) y en el teatro de Shakespeare: en *A Midsummer Night's Dream* (El sueño de una noche de verano) el rey Oberon manda a un hada a que se haga con una flor mágica que cambie las inclinaciones sexuales de una persona. Y la flor que consiguió fue el pensamiento (en inglés *pansy*, que pasó a significar ‘afeminado, homosexual’). Curiosamente también, las violetas, flores de la misma familia que el pensamiento, en la Inglaterra del siglo xvi las llevaban hombres y mujeres que no pretendían casarse.

⁷ Cit. en http://lesbianas_estadea.tripod.com/Enciclopediae_Hechizos.htm#L

Desde entonces la simbología de esta gama de colores se ha reforzado hasta el punto de lexicalizarse. En efecto, en la jerga gay actual del inglés se emplea con el significado de homosexual la voz *purple* (morado), también presente en función adjetival, *Purple Power*, y sobre todo *lavender*, que también tiene valor de adjetivo en *lavender boy*, lit. 'niño lavanda' (Green 1994 [1993]:231) y *lavender convention*, lit. 'convención de lavanda', que designa una reunión de homosexuales y chaperos (Neaman / Silver 1983:238). Como adjetivo es utilizado profusamente en la terminología lingüística especializada sobre identidad de género: se habla de *lavender language*, *lavender texts*, *lavender phonology/terminology*, y *lavender lexicon*. De hecho esta última expresión sirvió hace bastante tiempo para titular un diccionario sobre jerga gay (G. Strait, *The Lavender Lexicon*, San Francisco, 1961).

En español tenemos reflejada esta simbología en los términos *lila*⁸, *malvaloca*, y *violeta*, utilizados esporádicamente como sinónimos de homosexual, como muestran los siguientes testimonios.

Ni dicho, ni leches –volvió a replicar el zapirón–, que yo todavía triunfo por estas”. Y se dio una manotada en la nalga. “No me lo señales, que ya sé por dónde triunfas tú, so lila, rezongó el Faraón. (F. García Pavón 1970, *Las hermanas coloradas*, 27).

[...] le dije al inglés que iba a avisar a la policía, no veas al malvaloca, se puso histérica y tardó horror en pasársele el susto [...]. (Ramón Ayerra 1979, *Los ratones colorados*, 118).

En cuanto a *violeta*, el término lo utilizó la prensa reaccionaria y la policía española de los años cincuenta y sesenta, durante el franquismo, para descalificar a los homosexuales, hecho del que da cuenta el libro *Redada de violetas*, de Arturo Arnalte (2003). En cuanto su origen, parece ser que su uso simbólico partió de la flor del mismo color, especialmente en el ámbito lésbico. Según Mira (2002:751), esta connotación se hizo visible por primera vez después del estreno de la obra *La prisionera* (1926) de Edouard Bourdet, que constituyó un escándalo y en la que la presencia de una lesbiana se estableció a través de las violetas, pasando a par-

⁸ En México se utiliza la variante *lilo* (Jones-Reid et al. 2000; De la Pava 2000).

tir de ahí a convertirse esta flor en su marca de identidad. Aunque su valor simbólico se encuentra ya antes en la tradición gay (cf. nota 6).

Digno de mención a este respecto es, asimismo, el caso de *teletubby*, procedente del inglés [pron. /teletábi/] con el significado de 'gay adolescente', y que en español da nombre a un gay en una serie emitida por Canal Sur y Canal 2 de Andalucía. Se trata de cuatro muñecos de distintos colores, uno de los cuales tiene el color lila y el triángulo invertido, símbolo de la homosexualidad.

Afin a estos colores también es el rosa, de infausta memoria, después de que se hiciera tristemente famoso el *triángulo rosa* (en inglés *pink triangle*) como distintivo utilizado por los nazis para marcar primero a los travestis y transexuales, y luego a los homosexuales, en los campos de concentración; hoy día en el uso moderno se utiliza como un emblema del "orgullo gay", bajo cuyo rótulo se cobijan gays, lesbianas, bisexuales y transexuales, es decir, el colectivo que en la literatura especializada se conoce como GLBT. Y esto ocurre en muy diferentes lenguas y culturas. Memorable en este sentido es, por ejemplo, la concentración de gays y lesbianas que tuvo lugar junto al Parlamento suizo en septiembre de 1999 en el curso de la cual liberaron un inmenso globo rosa firmado por miles de simpatizantes para forzar sus demandas legislativas sobre parejas de hecho. Y el acto fue organizado, entre otras asociaciones, por el grupo gay *Pink Cross* (Cruz Rosa). Tampoco es desconocido el símbolo de este color en ruso, ya que a las lesbianas se las denomina entre otros nombres con el de *rósavaya* 'rosa'.

En la cultura y la lengua españolas la elección de este color no es casual, si nos fijamos en que tradicionalmente ha sido el preferido por las madres para los vestidos de sus bebés, y, en ocasiones, para vestir también los dormitorios de sus hijas pequeñas; incluso la publicidad responde a esas asociaciones de suerte que las editoriales lo adoptan para colorear diarios, agendas, etc., para niñas.

El uso del adjetivo *rosa* con referencia homosexual⁹ se vuelve a encontrar en otras expresiones compuestas como *dinero rosa*, *cáncer rosa*, *ladrillo rosa*, *socièdad rosa*, *bodas*

⁹ No conviene confundir este sentido con el de 'sentimental, amoroso' que el adjetivo tiene frecuentemente en la lengua general (*novela rosa*, *programas televisivos de contenido rosa*, etc.).

rosas, poder rosa, mafia rosa. Con *dinero rosa* se alude al supuesto poder adquisitivo de la comunidad gay, que guarda relación con la ausencia de cargas familiares y el mayor nivel intelectual que se le atribuye; el *cáncer rosa* es el sobrenombre con que la prensa motejó el furor que causó el sida al principio entre los homosexuales; el *ladrillo/ladrillazo rosa* es la distinción anual que algunas asociaciones otorgan al que ha destacado por su actitud homófoba o contraria a los intereses de los gays (así, en 2003, por ejemplo, se lo dieron a Ana Botella, mujer del ex-presidente Aznar, y al jurista Jiménez de Parga); *La sociedad rosa* es un conocido ensayo sobre la homosexualidad del antropólogo Oscar Guasch (1995); las *bodas rosas* son las uniones de hecho entre homosexuales que pueden adoptar un estatus legal en respuesta a las resoluciones de algunos estados de EE.UU, y a las contraídas en España a raíz de la política más liberal del gobierno de Zapatero; y el *poder rosa* y *mafia rosa*¹⁰, o el más literario *lobby carmesí*, aluden al llamado 'poder gay' con el que se conoce el supuesto nepotismo practicado por los homosexuales pertenecientes a determinados ámbitos.

Estas últimas son expresiones homófobas lanzadas desde los medios de comunicación y negadas en el mundo gay. Es posible que existan determinadas esferas más proclives a buscar esa ayuda o apoyo entre los miembros de este colectivo (como el teatro, la televisión,...), pero más como mecanismo de autodefensa que como corruptela, en un mundo donde la corriente mayoritaria –la heterosexual– actúa como indudable agente discriminador. Las citas que siguen son indicativas de ambas posiciones:

Lo malo es que el invencible *Poder rosa* se ha puesto en marcha y no hay quien lo detenga. Ya ha anunciado el tal Zerolo, que es algo así como el Director de Asuntos Homosexuales, que va a dar nombres de obispos alocados si Mantero es suspendido. (Alfonso Ussía, "Lo del cura", *Tiempo*, 18-2-2002, 29).

A mí lo del poder rosa me indigna. es como cuando alguien dice que Chueca es un guetto... para mí, el resto de Madrid es un gueto heterosexual y Chueca es un lugar donde puede entrar todo el mundo cuando quiera y como quiera. Lo del poder rosa es lo mismo y todo lo demás es "poder hetero". En realidad no se trata de "poder", todo consiste en ir tomando lo que nos per-

¹⁰ También llamada despectivamente *mafia del terciopelo*.

tenece (a gays y lesbianas). Nos han estado asesinando toda la vida y cuando sacamos la cabeza hablan del poder rosa.. ¡ya qui-siéramos que hubiese un poder rosa! A lo mejor cambiaba algo en la sociedad. (Ruth Toledano, *naciongay.com*, 11-6-2002).

Ocasionalmente en el ámbito periodístico se emplea el adjetivo inglés sinónimo *pink* con idénticos propósitos estilísticos (*pink mafia*, *pink power*):

Alíñese todo esto con puntadas malévolas a la “pink mafia”, al chaperío reluciente, a la artificiosidad de las relaciones humanas, o a la frivolidad como esencia y objetivo de la creación. (*Odisea* nº 64, dic. 2002, 13).

Para mí que se está sacando de quicio lo del cura de Valverde del Camino. Aquí no tiene ninguna culpa la Iglesia, como pretenden demostrar los demagogos y los portavoces del *pink power*. (Alfonso Ussía, “Lo del cura”, *Tiempo*, 18-2-2002, 29).

Con carácter literario y un uso muy individual, cabe incluir el derivado adjetival *rosado*, cuya referencia homosexual es evocada, bien que de manera un tanto implícita, en esta cita de los ensayistas R. Llamas y F. Vidarte:

A partir de ahora, junto a los cuatro tigres emergentes de las economías del Sudeste asiático, habrá que hablar también del lince rosado de Hispania. (R. Llamas / F. Vidarte 2001, *Extravíos*, 182).

La fuerza expansiva del cualificador *rosa* y sus congéneres es tal que ha llevado a forjar algunos sustantivos que circulan en el argot para aludir al afeminado y homosexual, como *róseo*, *rosillo* y *rosita*, registrados en el diccionario *El Tocho cheli* de Ramoncín (1993).

Estrechamente relacionado con el rosa es el *fucsia*, color rosa oscuro propio de la flor del mismo nombre. Por ser un color afín, se asocia también con la homosexualidad.

A partir de ahora, se intentará una crónica fucsia de las noticias que más afectan a los gays y que aparecen en los diversos medios de comunicación. (“Crónicas fucsias”, *Asturias gai*, nº 0, dic. 1997, 11)¹¹.

¹¹ En esta cita el término empleado, *fucsia*, se ha formado por cruce humorístico con el nombre inglés *fuck* ‘joder’.

Buena parte de la actividad de ese movimiento se ha resuelto en la promoción de proyectos de *visa-pink* y la proliferación de carnés descuento en tono fucsia. (R. Llamas y F. Vidarte 2001, *Extraviados*, 175).

De todos estos colores que vengo examinando, tradicionalmente relacionados con lo homosexual y presentes en numerosas culturas, se puede decir que pertenecen a una misma gama. Aparte, he encontrado referencias esporádicas también a la simbología de dos colores, el azul y el verde, cuya relación no es tan clara pero que tienen de común el tratarse de colores fríos, que para los psicólogos sugieren tranquilidad.

En cuanto al azul, en el argot ruso el término *goluboi* ('azul claro') designa al varón homosexual, y, aunque de modo infrecuente, la asociación con este color también ha sido detectada en español según Armand de Fluvià (comunicación personal), quien en ocasiones oyó a su amigo el escritor Juan Balansó calificar de "azul" a alguno de su grupo¹². Tan diferentes contextos nos llevan a elucubrar sobre el origen de estas asociaciones. Barbara Ann Brennan en su libro *Hands of light* ('Manos que curan') habla de la tranquila energía femenina del azul, no en vano la tranquilidad y la serenidad son el color del cielo y el agua. Quizá en virtud de estas cualidades, el azul lo recomienden los publicistas para productos del hogar como ropa de cama, cortinas, etc. El azul con un tono claro obtenido en distintas mezclas (azul pastel, azul turquesa, etc.) le da también un cierto toque femenino que podría explicar el que en España sean mujeres jóvenes las que más se inclinen por ese color cuando deciden comprar un coche.

Por lo que atañe al verde, se trata de un color que evoca húmedos prados y sugiere por tanto frescura y tranquilidad. Para los psicólogos del vestido se asocia con la naturaleza y la libertad, y lo llevan los proscritos y los rebeldes¹³. La asociación con la homosexualidad se remonta según algunos estudiosos a la época de la antigua Roma y a la Inglaterra del siglo XIX¹⁴. Según Mira (2002:684), esta asociación se ha

¹² Entiéndase su uso con ese particular sentido, de homosexual, y no con el de 'falangista' que suele tener en un contexto político.

¹³ "Psicología y sociología del vestido", *Muy interesante*, nº 241, junio 2001, p. 129.

¹⁴ http://lesbianas_estadea.tripod.com/Enciclopedia_de_Hechizos.htm.

dado en numerosas ocasiones, y recuerda el clavel verde como uno de los distintivos de Oscar Wilde, así como el "Verde que te quiero verde" de García Lorca y la canción "Ojos verdes" popularizada por Miguel Molina y escrita por Rafael de León. El uso del verde como código secreto en la ropa continuó estando presente en la primera parte del xx. En su clásica obra *Sexual Inversion* (1896), Havelock Ellis observó que los homosexuales tenían una preferencia por el color verde y que en París se llevaban corbatas verdes a modo de insignia¹⁵. Se entiende así que años más tarde, a mediados de siglo, fuera frecuente la expresión *a green and yellow fellow* 'lit. un tipo verde y amarillo' para designar a un gay en inglés (cf. Mohínos 1999/2000:48).

En español esta particular asociación quizá se refleje también en la designación *verdona*, que en argot es sinónimo de 'marica, homosexual', aunque en este caso podría suponerse también un cruce con el sentido de 'obsceno' de *verde* (*viejo verde*, *chiste verde*, etc.).

Pero no son solo colores específicos los que cabe considerar como una marca característica de muchos gays, lo es asimismo el atuendo colorido en general, y no solo de hoy sino también de otros tiempos. Así se comprende que en la década de 1960 se utilizara el apelativo (*la*) *Colorines* para referirse al gay que vestía ostentadamente, con ropa muy chillona, de colores, y de un modo un tanto hortera. De entonces es una canción que decía: "Me llaman la Colorines, porque visto de colores [...]".

1.3. Las flores

Estrechamente relacionado con el color y lo femenino puede considerarse al mundo de las flores, por lo que tienen de vistosidad y belleza. A juzgar por estas asociaciones se entiende porqué en nuestras sociedades occidentales el envío de un regalo de flores es un cumplido muy socorrido para halagar o cortejar a una mujer. En las denominaciones del gay no faltan alusiones a las flores; el concepto puede evocarse de algún modo en el apelativo *floras* que Lorca utilizara para aludir a los maricas de Alicante, y en *manflora*,

¹⁵ "Secret Codes", <http://www.glbtc.com/arts/fashion.html>.

manflorita (o *monflorita*), y las variantes *manflor* y *manflorón*, que pertenecen también desde antiguo al lunfardo¹⁶ y comparten asociaciones con el mundo de la prostitución (*manfla* 'prostituta', *manflota* 'burdel'). Más explícita resulta la referencia en *mariflor*, *mariflora*, *marifloro* por la presencia del elemento prefijado *mari*, y aún más en *florista*, en el español de Venezuela (Bufanol / Perednik 2005).

Más argótico y sin referencia personal es el uso de *flor* en el sentido de 'ano', de manera que, siguiendo con la metáfora, *desflorar* (del latín *deflorare* 'desvirgar' [a una mujer]), esporádicamente lo encontramos con el significado de 'iniciar en la práctica del sexo anal'.

El inglés proporciona ejemplos aún más ilustrativos. Al homosexual o mariquita se le denomina *flower*, y con nombres de flores como *daisy* 'margarita', *daffodil* 'narciso', *pansy* 'pensamiento' (del que se ha derivado el adjetivo *pansified*), y con el nombre de un tipo de planta que también tiene flores, *buttercup* 'ranúnculo'. *Lily* es un nombre de mujer, como antes indiqué, pero también designa una planta de flores, el lirio, símbolo de pureza y virginidad, lo que explica que se utilice para designar al homosexual, pero especialmente al que teme revelar su vida sexual (cf. Green 2002). Se trata de metáforas muertas, plenamente lexicalizadas e incorporadas al argot, aunque han ido cayendo en desuso.

1.4. Cualidades estéticas

La belleza, y el adorno y acicalamiento que conduce a realizarla, es otro de los códigos de femineidad que han venido utilizándose en nuestras sociedades occidentales. Hoy día este código se empieza a traspasar y su prototipo más palmario es el llamado "metrosexual", una categoría sociológica que engloba al varón heterosexual preocupado por su porte físico y su atuendo, peinado y blandas maneras (el actor Brad Pitt y el futbolista David Beckham son algunos

¹⁶ Según el historiador argentino Félix Luna (1976), cit. por Bazán (2004:75), tanto *manflorita*, como *manflora* y *manflorón* se empleaban ya con este significado en la primera mitad del siglo XIX, y su último escalón en la línea etimológica sería *hermafrodita*, del que se habría derivado por abreviación y desgaste fonético *manfrodita*, a modo de etapa intermedia.

de los iconos más conocidos) en un extremo que solo era aceptado por las mujeres, so pena de tildarse como intromisión. Hacerlo, franquear esa barrera era signo de afectación, afeminamiento y/o homosexualidad. De ahí términos como *esteta*, *lindo*, *rubio*, utilizados en el pasado.

El llevar como adorno alhajas, la ostentación en el vestir y el pintarse se sitúan en la misma línea de coquetería femenina, y de ello dan ejemplo los maricas más afeminados. El lenguaje así lo refleja cuando recordamos frases como *lucir las joyas*, *lucir las pieles*¹⁷, u otras más ponderativas como *llevar la joyería puesta*, *pintarse más que una puerta*, o la más antigua *te pintas más que la peroja de Ventas* 'pintarse mucho y mal'¹⁸. Relacionado con la pintura facial es la denominación *pestaña* utilizada como sinónimo de afeminado y homosexual, que me recuerda el modismo *ponerse la pestaña* 'arreglarse, acicalarse' ("Ponte la pestaña y vamos a la calle", se decían algunos maricas por ejemplo en el Madrid de los años cuarenta).

1.5. La juventud

La juventud es un factor que va unido a la belleza, que, como decía, es un atributo asociado con la mujer, y ello se refleja asimismo en el lenguaje. De la mitología griega es la representación de Ganimedes, joven amante del dios Zeus, convertido desde la Antigüedad y a lo largo del Renacimiento en un icono de la belleza masculina feminoide y de la homosexualidad. Según Saslow (1989:14-16), *ganimedes* se usó en varias tradiciones literarias, desde la época medieval hasta bien entrado el siglo XVII, para designar un objeto de deseo homosexual. Y la obsoleta voz *catamita*, del latín *catamitus*, con el sentido de muchacho reservado para el placer sexual, parece ser una deformación del mismo nombre. Más actuales, y también de extracción clásica, son *efebo*, muchacho adolescente, considerado un ideal de belleza masculina en la antigua Grecia, y por extensión, 'muchacho

¹⁷ Cit. por Pereda (2004:118).

¹⁸ La expresión se utilizaba en los años 60 entre algunos maricas de Madrid en referencia a una mujer pelirroja ("peroja" en el vulgo madrileño) que estaba loca y vivía por la plaza de toros de las Ventas y se pintaba de una manera un tanto peculiar y primitiva: machacaba ladrillos para colorearse las mejillas y los ojos se los pintaba con carbón de tea.

homosexual atractivo', significación que se repite en *ninfa* (Ramoncín 1993) y *ninfa* (De Miguel / Moyer 1987:85-86), a partir del sentido de 'muchacha joven'.

Con parecido significado se emplean *danone* y *yogurín*, *yogurcito*, registrados también en el lenguaje heterosexual para referirse a la joven atractiva. En inglés una de las voces para designar al afeminado es *pretty boy* 'niño atractivo', con la particularidad añadida de que *pretty* es el adjetivo utilizado para la mujer y los niños (frente al más masculino *handsome* 'guapo').

Igualmente, la niñez proporciona asociaciones de belleza. Bien conocida es la atracción del gay adulto por el hombre sin vello, como si se tratara de una mujer, y nadie mejor que un niño para evocar tal cualidad. Así se explica la frecuencia del adjetivo *aniñado* ('con cara de niño') en los anuncios de contactos publicados en la prensa y dirigidos a los homosexuales. La misma connotación tienen los nombres *niña* y *nena*, mencionados antes, y, en relación con ellos, juguetes típicamente de niñas, como son los muñecos y muñecas; de ahí voces de argot como *muñeco*, *muñequita*¹⁹, *moña*, y sus variantes *moñi*, *moño*, y con un carácter más específico el también ya aludido *teletubby*.

Otra referencia estética es la de los ángeles, la belleza angelical, bajo cuya asociación se idean voces como *serafín*, *querubín*, para referirse al homosexual joven y sexualmente atractivo. En inglés lo más aproximado sería *angel* / *angelina*, que tienen el significado de homosexual pasivo (Green 2002).

Cuando la juventud empieza a fallar, aflora la preocupación por el atildamiento y el refinamiento, el cuidado excesivo por la apariencia. De esta forma, frente al jovencito y atraído por él se sitúa *la carroza*, el homosexual entrado en años que aún tiene un cierto buen ver o lo pretende mediante la adición de afeites, bisoñes y otras prótesis cosméticas (Cardín 1978), y que constituye una bella metáfora al evocar la parafernalia que rodea a las viejas y enlucidas carrozas que se exhiben en ciertas recepciones y acontecimientos sociales (Umbral 1983:67). Este es el primer significado que tuvo en el argot, en género femenino, de donde pasó, por extensión, al de individuo anticuado, generalmente en masculino (*el carroza*).

¹⁹ También se emplea para referirse a la persona que adopta un papel más femenino o pasivo en la relación lésbica.

1.6. Cualidades psicológicas y morales

Relacionado de algún modo con la mujer son las buenas maneras, una mayor dulzura, delicadeza y refinamiento en las formas, de ahí expresiones como *sweet* ('dulce') y *nicé enough* (lit. 'bastante majo'), así como *gentlemiss*, en inglés, y *blando*, *amable*, *modoso*, *modosito* en español, para aludir al afeminado. Con ellas se da a entender que el afeminado que exhibe estas maneras se asimila con la mujer, reproduciendo así el modelo heterosexista de hombre y mujer.

Blando es un adjetivo utilizado para caracterizar al homosexual que no tiene definido su estilo y maneras, ni hacia lo masculino (macha) ni hacia lo femenino (loca).

El enfermo relata la siguiente historia: a los dieciséis años de edad comienza a tener relaciones homosexuales [...] hacíamos de todo "porque había algunos blandos que se dejaban querer", y luego lavábamos nuestras ropas como si fuésemos pequeñas mujeres. (A. López 1970, "Manifestaciones", 24).

Frente al sentimentalismo viril del tango (que a veces da la impresión de que es un intento de "nadar y guardar la ropa", ser macho y blando, el bolero se sitúa plenamente en el campo de la vulnerabilidad, de la herida en el corazón, del amor desbordado y de la sensualidad pasiva. (A. Mira 2002, *Para entendernos*, 129).

Amable es otro adjetivo utilizado con valor eufemístico para referirse al homosexual o chaperero en algunos anuncios de contactos:

BOCACCIO. Muntaner, 505. buen ambiente. Precios normales. Gente muy "enrollada" y chicos "amables" en la madrugada. ("Guía Party", *Party*, enero 1984).

También quisiera saber si tenemos en cualquiera de las grandes ciudades españolas hoteles exclusivamente gays (tres o cuatro estrellas), entendido que facilite a sus clientes, con la mayor discreción, hermosos adolescentes y que disponga de un buen equipo de botones "amables y complacientes", jóvencitos, como suelen ser los botones. ("Consultorio de tú a tú", *Party*, dic. 1984).

En cuanto a *modoso*, el término fue utilizado de modo muy característico para referirse a los mariquitas por el

humorista Florentino Fernández, creando un personaje homosexual bastante tópico, en colaboración con Pepe Navarro en el "late show" de Tele 5 "Esta noche cruzamos el Mississippi", en la década de 1990. Al día siguiente, el epíteto lo usaba buena parte de la población española, llegando incluso a los ambientes universitarios. También por aquellos días a un profesor de universidad se le motejó con el sobrenombre de "El Modoso". (La expresión puede verse así como el arquetipo del poder que la televisión tiene en la difusión de modas e innovaciones en el lenguaje, comparable también a las propagandas en la misma época por otro humorista aún más singular, Chiquito de la Calzada).

La dulzura y la blandura son cualidades morales positivas, pero en su extremo pueden tornarse en debilidad, cobardía, y la debilidad es una connotación que lleva implícita el término *femenino* (y sus afines *afeminado* y *marica*), debido a la oposición que encuentra en nuestra cultura frente a lo masculino, tomado como sinónimo de virilidad, como indiqué al principio. Muy bien lo refleja el inglés al contar entre los sinónimos con la voz *weak sister* 'hermana débil'. Por vía metafórica, la debilidad se refleja en la comparación con algunos animales que connotan mansedumbre y sometimiento (como *lamb* 'cordero'), y *chicken* 'pollo' y *chick* 'pollito', ambos utilizados en el argot inglés con el significado de jovencita. Consciente de estas asociaciones se entiende el esfuerzo de redefinición que de sí mismo hacía el poeta Juan Gil Albert, que en vida solía decir: "No soy masculino pero soy viril".

1.7. La comida

Otra asociación con la mujer menos percibida es la comida, con las connotaciones sexuales que conlleva. Dentro de los estudios sobre el sexismo en la lengua inglesa, Nilsen (1972) relaciona el rol pasivo que se espera de una mujer con la identificación de la mujer con comida (por ej. *a peach* 'melocotón' designa una joven guapa y atractiva). Pues bien, de modo semejante en inglés son numerosos los términos sinónimos de 'homosexual' masculino que aluden a la fruta (*fruit* 'fruta', *fruiter* 'frutal', *ripe fruit* 'fruta madura', *fruit plate* 'plato de fruta') y al pastel (*fruitcake* 'pastel de fruta, plumcake', *apple pie* 'pastel de manzana') que se comen, es decir

como objeto, algo pasivo, lo mismo que al que lo saborea y come (*fruit-fly* 'mosca de la fruta', *cake-eater* 'comepasteles'); y, como adjetivo ('afeminado'), se emplea también *fruity*, lit. 'afrutado'. En el caso de la fruta, no sólo cabe pensar en términos de comida, también en el hecho de que es 'es fácil de coger'.

Algunos de los términos que denotan fruta, podrían servirse también de la asociación con el carácter blando del homosexual mencionado antes, y esto se hace más evidente con aquellos referidos a tipos específicos de fruta, como en inglés *banana* y *quince* (lit. 'membrillo') y en español *plátano* y *paraguay*.

Siguiendo con la comida, cabría citar también denominaciones del homosexual a partir de nombres de platos sabrosos típicos, como *chicken* 'pollo' y *chicken delight*, que harán las delicias del homosexual que está a la caza de ese tipo de 'plato' y al que en la jerga se denomina *chicken-hawk* (lit. 'halcón del pollo'), es decir, el que se aprovecha de jovencitos en sus conquistas sexuales cual ave rapaz. Y los tacos de la gastronomía mexicana son evocados en *taco queen*, lit. 'reina de los tacos', referido al varón no hispano que prefiere hombres de este origen para sus relaciones sexuales. En español también cabría recordar *yogurcito* y *danone* 'gay joven y atractivo', ya citados, empleados también por los heterosexuales de manera similar para referirse a las chicas.

1.8. Profesiones y oficios

Algunos términos referidos a gays, sobre todo jóvenes, llevan el nombre de profesiones u ocupaciones bastante relacionadas con la mujer, como el cuidado del peinado (*peluquera*, un tanto inculto y muy dado a preocuparse del peinado y los potingues²⁰), la decoración (*tapicera*, dedicado al mundo del diseño y que gusta de tener la casa muy bien puesta), la moda (*zarina*, dependiente, estilista, escaparatista y diseñador de la cadena de tiendas de ropa "Zara" [Infante/Alas 2002:149]).

La discriminación profesional u ocupacional por razones de sexo no es nueva. La sociedad en general tradicional-

²⁰ En Venezuela se utiliza *peluquero* con el significado de gay (cf. De la Pava 2000).

mente ha venido reservando determinadas labores a la mujer, como el trabajo en la cocina, de forma que el hombre que penetra en ese territorio y, por extensión, el que se ocupa de los quehaceres propios de la mujer, recibe el sobrenombre de *cocinilla(s)*. Claro que esto está cambiando en nuestros días con la llegada de chefs super gourmets convertidos en personajes de la pantalla, como Carlos Arguñano en España, y Emiril Lagasse, Mario Battaglia y otros muchos con un perfil macho en los Estados Unidos.

1.9. Prostitución

Otra asociación femenina con la homosexualidad es la prostitución, que en realidad no deja de ser otra ocupación u oficio, el más antiguo del mundo, como se le llama eufemísticamente, y que tradicionalmente ha venido refiriéndose a la mujer. (No es extraño, pues, que *prostitución* a secas, normalmente tenga esta referencia, a no ser que el intercambio sexual se realice solo entre hombres, y en ese caso hablamos de *prostitución masculina*) La asociación de 'prostituta' con 'marica' no es nueva, y se ve reflejada en múltiples palabras y culturas. Y se produce no solo por la relación de la mujer y el afeminamiento del varón, sino y sobre todo por razones socioculturales y ambientales. Prostitutas y maricas en el pasado han sido, a los ojos de la sociedad, protagonistas de una vida disipada, muchas veces subterránea, sumida en los bajos fondos, y en algunos casos unidos por la común dedicación a la prostitución, bien que la masculina fuera a menudo disfrazada y resultara menos visible, y quizá por ello fuera más aceptada.

Con algunos términos la relación es obvia al tratarse de homosexuales dedicados a la prostitución: *acerero* y *esquinero* es el prostituto²¹ que ofrece sus servicios en las aceras (es decir, en la calle) o en las esquinas de las zonas de ambiente, al igual que las putas callejeras y baratas. También el argot registra *puto* y *putón* para el homosexual, por analogía con *puta*. (E incluso *puta* se utiliza jocosamente como término de tratamiento entre homosexuales con confianza).

²¹ Aunque no siempre o necesariamente el prostituto que comercia con hombres es homosexual para quienes entienden la homosexualidad en términos más psicológicos o culturales que meramente sexuales.

Con un sentido más distintivo tenemos *chapero*, a partir de la expresión *hacer chapas*, que hunde sus raíces últimas en la prostitución femenina; y *chulo*, prostituto u amante más o menos ocasional de un homosexual, nada que ver por tanto con su acepción de proxeneta.

En algunos términos de caracterización homosexual la relación con la prostitución y el elemento femenino ha sido totalmente olvidada, debido al paso del tiempo, y sólo se la descubre repasando la historia y haciendo un profundo rastreo etimológico. Un buen botón de muestra lo tenemos en la palabra *sarasa* 'hombre afeminado u homosexual'. Según Corominas (1980), el término proviene del español medieval *zaraza* empleado en el siglo xiv (hacia 1335) con el significado de 'especie de unguento o pasta venenosa' y posteriormente, en sentido figurado, como 'mujer de mala vida', como quien dijera *peste* o *azote*, de ahí pasó a aplicarse a hombres afeminados en sus modales y sus gustos, prevaleciendo la pronunciación andaluza *sarasa*, cuya aparición parece que se remonta a principios de 1900. El DRAE lo documenta por primera vez en su edición de 1925.

También *manflorita*, *manflor* podría relacionarse de algún modo con *manfla* (mancebía o burdel), como señalé más arriba, y *perico* podría haberse derivado, o su uso haberse visto reforzado por asociación, a partir de dos de los significados que tiene en el argot ('prostituta' y 'niño bien, pijo').

Al examinar el largo camino recorrido por las voces inglesas *gay* y *queen* hasta asumir el significado homosexual que hoy tienen, y que el español y otros idiomas han adoptado como préstamos, se atisban algunas conexiones con la prostitución en un pasado remoto. En cuanto a *gay*, aunque el significado de 'alegre' y 'disipado' es el que más ha debido pesar a la hora de marcar su referencia homosexual, entre finales del xviii y finales del xix se aplicó a la mujer que llevaba una vida inmoral, trabajando como prostituta (Green 2002).

Tampoco es muy conocida esta relación con *queen* (pron. /kuin/), como se denomina en español al homosexual mayor afeminado. El término procede del inglés donde se documenta con este significado desde finales del xix. Aunque normalmente se traduce y asocia con el significado de 'reina' (y en español también con el derivado *reinona*) en realidad constituye una variante de *quean* (del inglés antiguo *cwene*

'mujer'), empleada a partir del siglo xvi como sinónimo de 'prostituta'. En el siglo xix agregó el significado de 'prostituto' (chapero), a menudo travesti, y de ahí llegó al de 'homosexual' en general. La variante gráfica *quean* se perdió en los años 60 (Thorne 1997).

1.10. La vestimenta

Una referencia más esporádica a lo femenino es la que se hace por alusión al vestido de la mujer en unas cuantas voces que, aunque no siempre tienen el significado genérico de homosexual, sí pertenecen a categorías sociológicas estrechamente ligadas con este concepto. De muy antiguo (principios del xix en español) data la introducción de *bardaje*, 'sodomita pasivo' según el DRAE, y por ext., 'homosexual' (GDA). El término procede del pelvi -lengua persa- *bardag* 'cautivo' y originariamente, en Persia, se aplicaba al hombre que vestía trajes femeninos y desempeñaba funciones propias de la mujer. El francés adoptó la forma *berdache*, de donde lo tomó el inglés americano (*berdache*) para referirse a un tipo de hombre que en algunas tribus amerindias se viste como mujer y asume su rol en la casa, mientras la mujer se ocupa de actividades guerreras, en una curiosa inversión de los roles de género. (Cf. Urdang 1969, Webster's 1994).

Más conocida es la relación con el vestido en la voz inglesa prestada al español *drag*. En su recto sentido significa la vestimenta que es característica de un sexo y usada por el otro, aunque se emplea principalmente para referirse a la ropa de mujer que se pone un hombre. Originalmente se utilizó en el teatro para designar la vestimenta femenina usada por un actor, y con este significado se registra en inglés a finales del xix, pero no es hasta la década de 1920 cuando adquiere una referencia homosexual, al aplicarse a la ropa femenina con la que se viste un hombre homosexual en sus representaciones. (Green 2002) Con esta idea en mente, algunos autores sostienen una interpretación que tiene todos los visos de ser una etimología popular al pensar que el origen es muy anterior y procede de las iniciales de la frase *Dressed As A Girl* (lit. 'vestido como una chica'), utilizada como acotación en tiempos de Shakespeare cuando a las mujeres se les negaba un papel en el teatro y eran los hombres los que ocupaban su lugar.

El anglicismo se emplea abundantemente en la jerga del ambiente como abreviación de *drag queen* [drág kuín] con el significado de 'hombre homosexual que viste con ropa de mujer', en alternancia con el castizo *reinona*, aunque lo más frecuente es la forma completa *drag queen*. Son muchos los gays y lesbianas que desaprueban a las drag queens sobre la base de que con sus representaciones ridiculizan a las mujeres tanto más cuanto que generalmente se disfrazan de roles femeninos poco presentables, como prostitutas, lolitas, chicas de revista. Otros en cambio defienden su papel al considerarlo un arte de imitación, lejos de engaños y ridiculizaciones. (White 1980:240).

Aún más evidente es la relación con el vestido que tiene la voz *travesti* (o *travestí*, *transvesti*), y todavía más *travestido*), utilizados como adjetivos y nombres para referirse a la persona que se disfraza de otra del sexo contrario, con ayuda de la ropa, el maquillaje y el peinado, y adopta sus ademanes, con intención de lograr una gratificación emocional o sexual. Generalmente se refiere al hombre que se disfraza de mujer, y lo hace con propósitos lúdicos o eróticos. El término fue introducido por primera vez en 1910 por el psicólogo alemán Magnus Hirschfeld en su obra *Die Transvestiten* ('Los transvestidos'). A partir de entonces se asoció con el fetichismo y erotismo, y posteriormente con la homosexualidad, aunque no siempre se da esta equiparación.

El lado femenino de la drag queen y el travesti se refleja aún más en algunas variedades del español de América donde pueden encontrarse estas denominaciones: *cuina* (anglicismo adaptado a partir de *queen*), *draga*, *dragona* (< *drag*), *transvestida*, *travestista*, *vestida*, y también *reina de la noche*. (Cit. por De la Pava 2000).

1.11. Gestos y modales

Estrecha, aunque no siempre aparente, es la relación que con lo femenino guardan términos que aluden a la afectación y afeminamiento del homosexual en gestos y modales y que entrarían dentro de lo que se denomina lenguaje no verbal.

Una referencia a lo homosexual hoy casi perdida es la que tiene la voz eufemística *camp*, utilizada con el significado de 'amanerado, afectado, de mal gusto' (y también

'antiguo, demodé'). De etimología incierta, el término viene del inglés y tiene una larga historia. Como adjetivo con el significado de 'que actúa con modales exagerados' (especialmente aplicado a los homosexuales) se remonta a principios del xx (1909, según Barnhart (1988)). En los años 1920 adquirió el significado de 'homosexual,' en la jerga del teatro, una década más tarde, años 1930, 'afeminado', y una década más tarde todavía, el sentido general de 'característico de los homosexuales' (Neaman / Silver 1983:235). Posteriormente, por extensión, pasó a aplicarse a una especial sensibilidad de nuestra época surgida en círculos culturales, pero difusamente extendida en amplios medios literarios y artísticos, que se caracteriza por su amor a lo natural, al artificio y a la exageración. El término fue popularizado por la escritora norteamericana Susan Sontag en la década de 1960, especialmente a través de la revista *Partisan Review*, y enseguida pasó al español como anglicismo.

Judy Grahn (1990 [1984]:227) aporta un origen antiguo que parece bastante verosímil y que, de ser cierto, supondría un asociación más con el vestido, a lo que me referí anteriormente. Y es que, basándose en la especial relación del gay con el mundo del teatro desde tiempos muy antiguos, define el término a partir de *camping*, referido a hombres jóvenes que llevaban vestimenta femenina, y éste del francés *campagne* 'campo', por ser el campo o espacio exterior el lugar donde los juglares y actores entretenían a la gente en sus representaciones medievales.

Eufemística y elíptica es también la referencia de *amanerado*, como sinónimo de *afeminado*, que puede tener o no tener relación con la condición homosexual. El término en sí mismo puede considerarse una elipsis, debido a su sentido subyacente ('que sigue las maneras' [de mujer]).

Más expresa aunque de tipo metafórico es la referencia contenida en *pluma*, una de las voces más frecuentes en el argot, empleada para significar los ademanes y gestos propios del homosexual amanerado y exhibicionista, como un grado extremo de *amaneramiento*. Y para expresar la acción del verbo se emplean los modismos *tener / sacar / soltar / tirar (la) pluma*, *hacer plumas*, así como *desplumarse* y *plumear*. De su especial arraigo habla además la larga familia de derivados léxicos a que ha dado lugar: *plumera*, *plumero*, *plumerío*, *plumear*, *plumiífero*, *plumaje*, *plumazo*, *plumón*, *plumosa*.

La imagen de la "pluma" conecta dentro de un mismo campo semántico con una serie de aves, como *pato*, *palomo* (*cojo*), *pavo real*, que "sueltan plumas" y tienen un cierto contoneo al andar. *Pato* también se emplea en inglés (Elwin/Elwin 1994) como un préstamo del español, probablemente de su variedad mexicana.

El concepto de homosexual con "pluma" (*plumífero*, *plumero*) es sinónimo de *loca*, que porta la doble connotación de 'alegría, vitalismo, felicidad' y 'exageración, descontrol': La exageración en los gestos, el hacer uso de aspavientos, en inglés se expresa mediante el verbo *swish* —a partir de ahí se emplea esta palabra precisamente como equivalente de *loca*—, y el derivado adjetival *swishy* 'afeminado, amariconado', tal y como recoge el diccionario bilingüe de Oxford [(DO). (Aunque para *loca* en este sentido, el inglés normalmente utiliza la palabra *queen*, tomada también en español y mencionada más arriba; en inglés americano también se registra *flamer*, que evoca la expresión *flaming faggot*, es decir, un mariquita que llama la atención como si de una 'llama' encendida se tratara).

Del prejuicio de la sociedad hetero frente a la "pluma" (y a la loca) dan testimonio la larga lista de frases comparativas que contienen esta voz (del tipo *tener/perder*, ... *más plumas que...*): *tiene más pluma que un edredón* (que el edredón de King-Kong / que un edredón de pato); ... *que la almohada de Calimero*; ... *que el Toro sentado*; *pierde más pluma que una pelea de gallos*; *hay más pluma que en una película de indios*.

Si el gay ya de por sí suscita rechazo en la sociedad convencional pese a una mayor y creciente tolerancia mientras su condición permanezca oculta "en el armario", puede esperarse que el prejuicio sea mayor al hacerse visible. Pero el rechazo surge también desde el lado homosexual. La pluma siempre ha sido objeto de mofa y crítica por muchos homosexuales, por evocar la imagen típica del marica o maricona que se tiene en el mundo heterosexual, en tanto que ésta se asocia con la mujer a la que desprecian. De ahí que muchos anuncios de contactos entre gays terminen con el latiguillo "abstenerse plumas".

Las revistas especializadas en temática gay se hacen eco de este debate entre sus lectores (a través de consultorios, artículos, etc.) con proclamas en contra de este prejuicio o con ciertas matizaciones, como las recogidas en estas citas de

la pionera y ponderada *Party*, nacida en tiempos de la transición con una voluntad regeneradora:

Por otra parte, creo que nosotros, los afeminados, los plumas, etc., somos los únicos que damos la cara ante la gente, mientras que vosotros los machotes (es una broma), lo único que hacéis es meter el rabo entre las piernas y nada más. ("Consultorio de tú a tú", "Suplemento Party", *Party*, junio 1982).

A primera vista, no se trata, pues, de un rechazo con mayúsculas, aunque, a decir verdad, al homosexual "normal" no le suele interesar en absoluto la típica loca, la plumera o la mariquita –salvo raras excepciones. ("Consultorio de tú a tú", "Suplemento Party", *Party*, junio 1982).

Escritores tan conocidos en el mundo gay como Leopoldo Alas, Eduardo Mendicutti, Luis Antonio de Villena, ya sea en forma de ensayo o indirectamente a través de sus personajes de ficción, han hecho alegatos en defensa de estas manifestaciones externas:

Incluso estaba dispuesta a realizar un esfuerzo suplementario para pensar en masculino, para dirigirme a mí misma, en mis monólogos interiores, de forma que mi imagen pública no se resintiese del plumerío íntimo [...], hablarme yo a mí misma como a un hombre, que menudo disgusto me llevé cuando me hice el juramento de comportarme así. (E. Mendicutti 1997 [1989], *Tiempos mejores*, 103-104).

[...] estoy en desacuerdo con unos gays que, en lugar de buscar la diversidad, se dedican a momificar la imagen del homosexual. O la loca plumera o el infierno. (L.A. de Villena, cit. por L. Alas 2002, *Ojo de loca*, 126).

Entre gays radicales y alternativos, en especial dentro del movimiento "queer" (como Javier Sáez, Ricardo Llamas, Rampova, etc.), la pluma se defiende con más agresividad, y fieles a su filosofía contraatacan con el lógico argumento de que también los heterosexuales tienen su propia "pluma".

Como aficionado a ambas culturas, en mis paseos virtuales (por los chats) y reales por los lugares de encuentro osunos y letherones he encontrado cierto tufillo plumófobo que me da que pensar (no hablar en femenino, no soltar pluma, etc.). (Javier Sáez, Opinión, *InfoGai*, nº 127, nov.-dic. 2002)

También las chicas heterosexuales atan más corto a sus machos. Estos chicos, podríamos decir que también “sacan pluma”; pluma hetero: rebosante testosterona, alardean de virilidad y hacen ostentación desacomplejada de su ortodoxa opción sexual. Los síntomas son muy claros: hablan demasiado fuerte, arquean excesivamente las piernas al andar, avanzan dándose puñetazos en el hombro y palmadas en la espalda, se empujan, se ríen a carcajadas, nerviosos; mueven las caderas de adelante atrás, pero nunca a los lados; no elevan las manos por encima del codo, hacen comentarios, se supone, de un entorño que les resulta extraño; profieren sonidos muy graves, ininteligibles, dando la escala más baja que les permite su garganta, como un mar de fondo. (R. Llamas / F. Vidarte 2001, *Extravíos*, 25)

Esto no es más que una irreverente interpretación de lo sacro, que más que rosa sería fucsia, para afirmar que la pluma siempre estuvo presente en la historia, desafiando las más despóticas épocas, las más intransigentes y ortodoxas religiones, los más siniestros y dictatoriales regímenes políticos; y todo eso para que ahora nos quieran imponer ya no un pensamiento único, sino un único modelo de comportamiento en el que no sólo basta ser heterosexual sino que, en caso de no serlo tienes que parecerlo. La pluma está en peligro de extinción y a veces oímos la queja de algún gay supuestamente concienciado que afirma que, cuando queremos degradar alguien utilizamos el femenino. ¿Es que lo femenino es degradante? ¿Es lo masculino el “non plus ultra”, lo políticamente correcto? Si tantas ganas tienen de imitar e imponer el modelo excluyente heterosexista, que empiecen por olvidarse de los gimnasios (de tarjeta rosa) y consigan sus músculos como lo hacen sus admirados “machos”: cavando zanjas y picando piedra, pero esta era la idea que tenía Stalin para “normalizar”, masculinizar y soviétizar a tantas marikitas que contribuyeron, con sus trabajos forzados, a construir lo que es la gloria nacional rusa: El ciclópeo metro que tanto sudor y plumas costó en construir. (Rampova, y José Luis Rodríguez, “El Pluma”, mayo 1999).

2. El lenguaje femenino

Buena parte de los términos comentados hasta aquí han sido creados y son utilizados por la sociedad hetero, y, o son descriptivos o tienen una coloración peyorativa proveniente

de la carga de homofobia que los propulsó. No obstante, lo cual, algunos como *marica*, son paradójicamente reivindicados por los gays y empleados como una suerte de lanza, en contra de la sociedad que les es hostil, siguiendo un fenómeno muy similar a la "inversión semántica" que se produce en los insultos étnicos (o *ethnic slurs*), del tipo *negro*, *chicano*, etc. en inglés (cf. Allen 1990:7). En lo que sigue, sin embargo, intentaré examinar los rasgos principales que distinguen al lenguaje de los homosexuales, o mejor dicho, de una parte de ellos, especialmente los que de manera significativa se apropian de las marcas lingüísticas más femeninas y hacen de ellas una seña de identidad, en consonancia con un lenguaje no verbal también muy pronunciado.

2.1. Lenguaje no verbal

Aunque de menos interés para el lingüista, y sobre todo para el lexicógrafo, lo más llamativo en el lenguaje gay es el aspecto no verbal. La expresividad de este lenguaje tiene una perfecta homología con la expresividad en sus manifestaciones emotivas, sobre todo en aquellos que se han atrevido a 'salir del armario' o nunca han ocultado su homosexualidad, y aún más en los que hacen una manifestación externa de manera ostentosa ("la pluma"), las denominadas "locas" en la jerga. Pero también hay que contar con que incluso en el pasado, en tiempos de censura y represión, las manifestaciones no verbales han sido necesarias como signo de identificación y comunicación, como el arrastrar un jersey en determinados lugares, o el juego de los abanicos o el código de los pañuelos, que introducían gran variedad de matices significativos.

La mayor proximidad física con el otro –rasgo de interés para la proxémica–, en el saludo y en las manifestaciones externas de cariño, tiene su mayor exponente en el beso. Los besos entre los gays es una práctica frecuente que llama la atención del observador hetero, de la misma manera que los besos entre hombres árabes sorprenden a los que no lo son. Son una muestra de una mayor carga de afectividad, e incluso entre "hermanas" o amigas la forma de saludarse es un besito en los labios, lo que se denomina un "piquito" (beso en "pico"). En las cartas y mensajes por internet de los gays, no es infrecuente la despedida con la palabra *Besos*,

algo muy femenino y que resultaría extraño y sospechoso en la escritura de un hetero.

El movimiento sinuoso de sus posturas, en los más ostentosos (locas), sobre todo en un contexto de ligue o "cruising", tienen un aire seductor, muy femenino. A ello podrían añadirse sus aderezos, sus pinturas y maquillajes (en ojos y pestañas), el anillado de las orejas, los anillos en las manos. Tradicionalmente, en los Estados Unidos los gays han llevado alianzas en la mano derecha como medio de identificación, y lo mismo con los anillos en la oreja derecha en Europa en la década de 1970. Ahora bien, si la bisutería en el hombre ha sido en las últimas décadas un icono gay, en los últimos años se ha ido imponiendo, especialmente dentro de un sector de la juventud, como una forma de alejarse de la imagen de lo clásico y aburrido.

Destacable también es su indumentaria que gana en cromatismo resultando muy vistosa, chillona, con colores alegres y atrevidos (por ej. el rojo, símbolo de la pasión amorosa). Del extranjero importaron la moda de las camisas estampadas y pantalones ajustados, con un cierto toque provocador. Son ellos sin duda los que han introducido peinados muy femeninos, con vetas de colores incluidos, que han tenido una influencia en la juventud de hoy. Diríase que ellos han estado en la vanguardia de muchas de las innovaciones de la moda actual.

2.2. Variación fonética

En lo concerniente al lenguaje propiamente verbal, y aunque menos interesante desde un punto de vista lingüístico, merece destacarse la pronunciación afectada y amanerada de que algunos hacen gala, en sintonía con otras marcas de paralenguaje. En Norteamérica se tiene como tópico que las mujeres tienen un tono más alto y una entonación cantarina y florida, y que los varones homosexuales reflejan ese mismo tono (Jacobs 1996:50)²². Quizá lo mismo podría decirse de otras lenguas, y del español, al menos del grupo de los calificados como mariquitas, tal y como vengo señalando, pues

²² Sobre la diferente entonación de hombres y mujeres en inglés norteamericano y el tono más alto de las mujeres, uno de los primeros en observarlo fue K.L. Pike (1945), de lo que se hace eco Brend (1975:86).

sabido es que los homosexuales forman un grupo de lo más diverso, hasta el punto de que hablar de lenguaje 'gay' o 'jerga gay' en muchos casos sería impreciso, y algunos como Barrett (1997) niegan la misma noción de "comunidad gay".

Con ser escasas, no faltan referencias a la variación fonética en nuestro idioma. Pilar García (1999:69) en su libro *Cómo hablan las mujeres* comenta que algunos homosexuales imitan el habla femenina en rasgos como la pronunciación tensa y alargada de la *s*, y lo mismo había comentado Ferrán Pereda (1989) en un trabajo inédito, aduciendo como ilustración el ejemplo de *guapíssima*.

El alargamiento de los sonidos también se extiende a las vocales, el mismo Pereda documenta el alargamiento de la "a" de la voz *guapa*, utilizada por los gays de los ochenta en referencia a la "chica" (en realidad un gay) por la que se siente una afectividad especial, como amiga o enemiga. El mismo rasgo se aprecia en este personaje de ficción donde lenguaje y gesticulación aparecen unidos:

—¿Cómo estaaaán las mujeeeres? —grita con pluma desaforada Basilio Torrens haciendo aspavientos con las manos.

A Fernando Sotomayor le revienta esa manía que tiene Basilio de hablar en femenino. Parece una loca de la época del Larra, piensa, evocando con desagrado aquel mundo antediluviano sepulto bajo estratos de transiciones democráticas y cambios sobre el cambio. [...]

—¡Vengo de estar con una mujeeer más maaaala! (Alas 1994:70-71).

Que hay una pronunciación femenina queda reflejado también en la interjección *zape* con la que se hace burla de los maricas que afeminan la voz, según recoge Alcalá Veneslada (1998 [1951]) en su *Vocabulario andaluz*. Curiosamente el término se registra también con el significado genérico de 'hombre afeminado y homosexual'.

2.3. Selección léxica

En el campo del inglés los estudios de sociolingüística variacionista han establecido que existen una serie de voces que son características del habla de las mujeres, entre ellas adjetivos de significado ponderativo como *divine* 'divino' y

gorgeous 'estupendo', pero que también son más empleados por el grupo de los homosexuales. (Curiosamente, en Estados Unidos un famoso transformista llevó el nombre artístico de *Divine*). También sería propio de estos grupos la discriminación de colores, atribuida generalmente a mujeres, como por ejemplo el malva (inglés *mauve*) y el morado (*purple*), y que para el común de los mortales se antoja muy sutil. La primera persona en advertirlo fue Robin Lakoff (1975) en su trabajo seminal sobre el lenguaje del género *Language and woman's place*. Aunque, previamente, en el campo de la psicología, Sonenschein (1969) había descrito ya a hombres gays que adoptaban la lengua de las mujeres para satirizar el estereotipo de que el gay sonaba como una mujer, especialmente en el uso de calificadores como por ejemplo *terribly sweet* 'terriblemente dulce' (cf. Jacobs 1996: 58).

El mismo fenómeno se observa en español, y en el caso del primer ejemplo, *divine*, la correspondencia no puede ser más llamativa. El adjetivo *divino* aparece, en efecto, en numerosos textos de ambientación gay dentro de expresiones ponderativas con el sentido genérico de 'bueno, bello, glamuroso' y, además, en femenino, se emplea en el ambiente homosexual para referirse a la mariquita que pertenece al mundo de las "diosas", que se siente muy por encima de lo normal por encontrarse muy guapa o muy puesta. Las siguientes citas son bien ilustrativas:

Enrique siempre fue un poco litri, aunque nunca ha sido rencoroso, y en esta ocasión, además, tenía un buen motivo para perdonarme: no le sería fácil encontrar a otro decorador solvente —y, menos, a una decoratriz divina como yo— con tan poco tiempo para trabajar y el verano por medio. (E. Mendi-cutti 1997 [1989], *Tiempos mejores*, 24)

Hoy no puedo tomar un drinkito con usted porque tengo que asistir a una lectura poética del divino Louis Antonine de Villenoise y no quiero perderme el final. (T Moix 2000, *Chulas y famosas*, 265)

Yo iba de divina aun repitiendo. Sólo diré que con los mil destellos de mis rubíes se tiñó de rojo todo el vestíbulo de Night and You, que ya es rojo encendido de por sí. (T Moix 2000, *Chulas y famosas*, 295)

¿Te mueves en un círculo de gays divino o también tratas con otros homosexuales tipo oso, por ejemplo? No me interesa

la gente divina, ni gay ni hetero. Mi novio es tipo oso. (<http://www.el-mundo.es/encuentros/invitados/2001/06/129/>)

O podríamos jugar a lanzar rumores malintencionados que pongan en duda la condición homosexual de aguerridos mariquitas acusándoles de fingidos amaneramientos, de adoptar expresiones como “divina” o “mira, guapa”, o hasta de comprarse ropa de diseñadores de renombre [...]. (“Opinión: Pon un gay en tu vida”, *BCN Pink*, nº 2, 2001).

De modo esporádico, se registra también el anglicismo *divine* (pron. /divain/), a lo que no es ajeno la conversión en icono gay del personaje Divine antes citado:

Esto no le ha impedido ganar espacio y cubrir pequeños espacios con arena de las Bahamas. [...] Muy lejos de la bacanal que pueda parecer, y eso es nuestra mentalidad europea, el ver a hombres de mediana edad con la tripita al aire disfrutando de un ambiente tropical con los pies a remojo es simplemente... “divine”. (“Maricas al agua”, *Zero*, nº 18, 2000, 94).

La frecuencia del adjetivo es tal que fuerza, en similares contextos y dentro de un registro literario, el empleo de sustantivos como *divineo* y *divinismo*, para referirse a la cualidad de divino.

¿Lo peor de Chueca? Que hay demasiada pluma y divineo, y creo que somos más que eso. (*El País de las Tentaciones*, 20-6-2003, 19).

De manera esclarecedora, el divinismo de cada osada *drag* eclipsaba, a los ojos del público y en los objetivos de las cámaras, a mil sesudos activistas. (R. Llamas 1997, *Miss Media*, 132).

¿Lo peor de Chueca? El petardeo y un creciente divinismo. (*El País de las Tentaciones*, 20-6-2003, 19).

Fuera de la jerga específicamente gay, en general no cabe esperar diferencias de vocabulario dignas de mención frente al resto de la sociedad masculina, pero entre ciertos mariquitas, sobre todo los muy afeminados, como las “locas”, hay palabras relacionadas con campos semánticos más familiares a las mujeres, como la cosmética (*rimmel*, *Chanel*), el peinado e indumentaria (*tacones*, *peineta*, *manto de armiño*)

colores con ciertos matices (*malva, violáceo, terciopelo*²³), que son utilizadas con más frecuencia.

2.4. Morfosintaxis: el habla en femenino

Sin duda el rasgo más característico del lenguaje gay es el tratamiento en femenino para el varón homosexual, especialmente cuando el que habla es, de nuevo, un mariquita con "pluma". La razón de esta particular elección es la asociación con la mujer que lleva a un mimetismo exagerado en la apariencia, gestos y maneras, y en correspondencia también en el lenguaje²⁴. Y no solo en fórmulas o términos de tratamiento, sino en todo en cuanto tiene que ver con una referencia personal, para lo cual se tiene en cuenta solo el sexo y el género femenino. De este modo las categorías gramaticales de estos términos son de lo más variadas.

De los pronombres, la categoría del género sería aplicable a la tercera persona, y así nos encontramos con *ella* referido a un homosexual (por ej. "ella puede, ella es así..."), y *ellas*, en plural, en una cita cuyo significado es de lo más claro:

Aquel hombre no quería pajas, sino que quería meterla... donde fuese, pero ellas, que se ocultan la cosa entre los muslos y se lo enganchan con esparadrapo para que no les abulte, nunca descubren el pastel. (Lluís Fernández 1979 [1978], *El anarquista desnudo*, 165).

También en inglés emplean el pronombre correspondiente, *she* al referirse a ellos mismos y a sus amigos, y en paralelo, las lesbianas utilizan a veces *he* 'él'.

²³ Un recorrido por la novela *El anarquista desnudo*, cuyos personajes de ficción son mariquitas y travestis, permite descubrir estas referencias a colores con una cierta connotación homosexual a los que aludí más arriba: "un malva-pasión en las uñas" (p. 16), "bonters de florecillas en tonos malvas y morados y rosa claro" (41), "la Washingtoniana-gorda-Rubens y coloradita-rosada" (41), "cortinajes de damasco azul-pavo" (52), "verga rosada" (95), "pamela violácea" (129), "lanzando al aire unos polvos morados" (171), "el violáceo paisaje" (185).

²⁴ Y la sociedad hetero percibe esa asociación y se mofa de ella con acidez y acritud, como la que rezuma el dicho "ser más basto que un marica que quiere tener la regla" (cit. por De Miguel / Moyer 1987:125).

En cuanto a los adjetivos, destacan algunos que, como *divina*, citado antes, tienen un valor ponderativo. No menos frecuentes son otros que expresan cualidades negativas referidas a las mariquitas, como *antigua*, o se relacionan con la pérdida de la confianza, como *mala*²⁵, *maligna*, referido a la que es mala y artera, *venenosa*, *viperina*, *lagarta*, a los que se unen otras voces con su correspondiente valor sustantivo (*veneno*, *maldad*, y *mala pécora*, utilizada como insulto). Otras calificaciones tipológicas incluyen sustantivaciones como *folclórica* (marica —o lesbiana— chapada a la antigua, de edad comprendida entre los 30 y 60 años, fan de las cantantes folclóricas y con cierta tendencia al travestismo y amaneramiento) e *histórica* (marica —o lesbiana— de tiempos anteriores al “ambiente”).

En algún caso de variación léxica hay una pequeña diferencia semántica. *Lagarta* tiene un significado de mala, y es por tanto muy general, mientras que *lagartona*, como aumentativo, se refiere al homosexual que es muy astuto y liga mucho; y *maricona*, en femenino, con respecto a *mari-cón*, suena más despectivo y hace alusión al homosexual muy afeminado, con pluma.

Duplicidad de género gramatical se ve en *marica* y sobre todo en *mariquita*, utilizados como adjetivos y sobre todo sustantivos, y, aunque los diccionarios no suelen indicar diferencia de significado, al menos en el plano connotativo, tengo para mí que el primero es más utilizado y preferido por los propios gays, que lo reivindican con orgullo, mientras que el segundo, remarca más el sentido originario de ‘afeminado’ por lo que se emplea para calificar la imagen tópica del homosexual con pluma. (Sobre este punto, véase Rodríguez 2005).

De los sustantivos propiamente dichos, un grupo muy especial es el formado por los que tienen que ver con la jerarquía o relación con otros miembros de la comunidad gay, que se expresa en términos de parentesco. Así, *abuela*, *madre* (y *madraza*), *tía* (y el hipocorístico *tita*) designan distintos grados, pero en todo caso aluden a un homosexual mayor o con prestigio que adopta una actitud protectora. En algunos círculos intelectuales gays al escritor Antonio Gala se le conoce como *la tía Antonia* y a Vicente Aleixandre se le

²⁵ Con *mala* se emplean algunas frases idiomáticas, como “Somos malas, podemos ser peores”.

conocía como *tía abuela*. *Madre* también es sinónimo de homosexual, y en las cárceles durante la dictadura franquista se denominaba así al homosexual auténtico, afeminado y pasivo, en oposición al *niño*, que no tenía esa apariencia.

El más distintivo y frecuente es *hermana* que designa al homosexual muy amigo con el que no se mantienen relaciones sexuales. Que alguien le considere a otro una hermana constituye un honor pues es la cumbre de la relación afectiva entre homosexuales. La relación sexual entre hermanas es poco usual y se considera un "incesto" (El término se usa tanto entre gays como entre lesbianas). Por analogía con hermana se ha formado *prima*, que es la hermana de una hermana, entendiendo esta relación en términos de amistad y no de parentesco; es por tanto una amiga con la que se tiene una amistad menos íntima. (Pereda 1989, 2004) Para completar el cuadro, *cuñada* es el novio del ex-novio de un gay.

También el inglés cuenta con *auntie*²⁶, *daughter*, *uncle*, *mother*, y *sister* 'hermana' que entra en distintas formaciones compuestas: *sister act* 'relación sexual entre dos homosexuales', *sister-boy* 'hombre homosexual', *sister in distress* 'homosexual con problemas, generalmente con la policía'. Y no hay que olvidar el corrientísimo adjetivo *sissy* 'afeminado' y su derivado *sissified*, que provienen de *sis*, forma apocopada de *sister*, aunque sin esa referencia a una relación entre gays. (Igualmente, en el español de Puerto Rico y de Nueva York se emplea el anglicismo adaptado *sisi* [cit. por De la Pava 2000]).

Una curiosa familia de palabras con referencia femenina en las denominaciones de las mariquitas, aunque cada día menos vigente, es el de la realeza y nobleza: *reina*, *princesa*, *emperatriz*, *duquesa*, *infanta*, que simbolizan distintos grados de edad, altivez y rango entre el grupo. A ellas se unen otras pertenecientes al mismo campo semántico, como *corona*, *coronación*, *peineta*, *dignidad*, todas relacionadas con 'reina', que es la más destacable, por su rango y por la frecuencia del término.

Reina se llama a la "loca" altiva o despectiva. En sentido estricto designa a aquellas locas muy escogidas o difícilmente accesibles, por su endiosamiento, a la sollicitación sexual

²⁶ *Auntie*, dim. afectivo de *aunt* 'tía', tiene el significado de homosexual mayor, que ha llegado o ha pasado de la cincuentena (Ayto 1994:103).

(Cardín 1978), significado reforzado por el que tiene en el lenguaje ordinario, como una mujer bella u ostentosa. Según Alas (2002:306) se trata de un gay jovencito y desdeñoso que por timidez o vanidad solía auparse a alturas inaccesibles de las que, en la mayoría de los casos, caía estrepitosamente. Para este autor, tal acepción ha caído en desuso y ha sido sustituida, sobre todo entre los jóvenes, por su equivalente inglés, *queen*. También se oye esporádicamente *cuina*, aunque con más frecuencia en Hispanoamérica. (cf. *supra*).

Algunos compuestos de reina son *reina madre*, que es la reina de las reinas, expresión utilizada en congregaciones de "hermanas" (Pereda 1989)²⁷, y *reina de los urinarios*, como se designa humorísticamente al homosexual que visita los urinarios en busca de relaciones sexuales, costumbre que fue más conocida en la época de la represión franquista²⁸.

Con todos estos antecedentes no es extraño que el término más genérico, *mujer* —y con una referencia más juvenil, *chica*, lo mismo que en inglés *girl*— algunos mariquitas (especialmente los que tienen mucha pluma) lo empleen en lugar de 'hombre'. De un modo análogo, *mujer* da lugar a derivados y frases idiomáticas con un significado específico y muy singular en la jerga gay: *mujerío*, en el habla de algunos mariquitas y travestis, es un conjunto de hombres, *mujerona*, aparte del significado que tiene en la lengua general ('mujer grande, fuerte'), entre gays se emplea despectivamente para significar que es mujer o chica (en el sentido de hombre gay) que adopta un rol demasiado pasivo en la relación sexual (por ej. en la frase, ¡Bah, si esa es una mujerona!²⁹), ¡es muy mujer!, se puede emplear también para alguien que es muy femenina en la relación, y no necesariamente pasiva; ¡es toda una mujer!, se refiere a una "loca" muy plumera (Pereda 1989; 2004).

²⁷ Como expresión más o menos equivalente el inglés registra *Mother Superior*, lit. 'madre superior'. (Green 1994:233).

²⁸ En inglés existen algunas expresiones equivalentes, como *privy queen* y *tearoom queen* (Green 1993:233).

²⁹ También es claro el significado en la siguiente cita literaria:

Ay, Aurelio, ¿no crees que las mujeronas son preciosas? A éstas tendrían que darles, como mínimo, el lazo de *Isabel la Católica*, como a doña Lola Flores, por un triunfo tan grande sobre el macho enculador de mierda. (Lluís Fernández 1979 [1978], *El anarquista desnudo*, 163).

Al lector no avisado, el empleo de *mujer* en algunos escritos, sobre todo de temática gay puede causar confusión, y el escritor puede jugar con la ambigüedad como procedimiento estilístico y retórico, como en estos pasajes de sendas novelas de Eduardo Mendicutti y Terenci Moix, ambos cultivadores magistrales de lo que se ha dado en llamar "estilo camp" (Mira 2004:532, 536).

Yo, tonta de mí, me había hecho ilusiones con un conflicto homo cien por cien, que es el inconveniente que tiene esa manía de hablar en femenino sin ton ni son, que te crea una confusión de muerte, y yo estaba convencida de que una funcionaria de tercer nivel, teniendo en cuenta lo poquísimo que sé de escalafones, si era capaz de poner frenética a la Queta no tenía más remedio que ser un guardiajurado con turno de mañana [...]. Pero no, qué va, no se trataba de un guardia jurado ni de un chófer ni nada semejante, se trataba de una señora, una mujer, una gorda, y la gorda —nada menos que jefa de servicio— se le echaba materialmente encima a la pobre de la Queta, la acosaba [...]. (E. Mendicutti 1989, *Tiempos mejores*, 209).

Yo, cuando me pongo a espiar, es cuando más mujer me siento. Me arreglé de maravilla, con toda la discreción que exigía semejante aventura, pero en el fondo me sabía más atrevida que la Sarmiento, más astuta que Jackie. [...] Antes de salir, para encumbrarme el ánimo, me contemplé [...] en el espejo de cuerpo entero del recibidor, me alcé un poco la pernera del pantalón, puse voz insinuante y dije: niño, mira qué pierna. ¡Y tengo otra! (E. Mendicutti 1989, *Tiempos mejores*, 240-241).

—Te lo diré de otra manera. Somos mujeres acorraladas por la menopausia. Somos mujeres que tienen prisa. ¿Y han de llegarme, menopausia y prisa, sin haber conocido las mieles de la vida?

Era inevitable. Llegaba el tratamiento en femenino, algo que molestaba profundamente a Imperia porque sabía que, al aplicárselo a sí mismo, Alejandro lo utilizaba como despectivo. Y obrando de este modo, denigraba a la mujer al mismo tiempo. (T. Moix 1997 [1991], *Garras de astracán*, 101-102).

Pero lo normal es que el texto intente ser claro en su significado marcando el significado literal de términos como *mujer* y *chica* ('del sexo femenino') y deshaciendo su ambigüedad para lo cual el escritor se sirve de diversos procedi-

mientos estilísticos, como la repetición del término (*mujer mujer, chica-chica*)³⁰, el superlativo (*mujercísima*)³¹, o frases muy descriptivas (*mujer nacida mujer*³², *mujer vaginal*)³³.

Lo mismo cabe decir de *nena*, utilizado como tratamiento afectivo entre gays, sin duda el vocativo más corriente.

Recordaría cuando rodábamos por la cama. "¡Preciosa, no puedo hacerlo! ¡Encúlame más, nena! Más a fondo, como sólo tú sabes. (Lluís Fernández 1979 [1978], *El anarquista desnudo*, 155)

Perdonen. Acabo de decirles "nenas", en un traspies. Bueno, a fin de cuentas es una prueba de confianza, ¿verdad? (E. Mendicutti 2003 [1987]), *Siete contra Georgia*, 17).

Yo ya de la gente que va de que "es que yo soy ambiguo...". No, nena. Tú eres una maricona y te da cosa decir que eres gay. (Nacho Canut, *Zero*, nº 18, 2000, 76).

También se emplea el aumentativo *nenaza* con el valor de homosexual afeminado y atractivo, de un modo casi lexicalizado, debido a la frecuencia que adquiere en el contexto homosexual³⁴; por contra, curiosamente, el masculino *nenazo* hace referencia casi siempre al ámbito heterosexual.

³⁰ No obstante, en la lengua general tiene un significado distinto, el de realzar la cualidad femenina de la mujer, como en el siguiente ejemplo:

O las manifestaciones del presidente Aznar sobre las cualidades que admira en una mujer ("que sea mujer-mujer", decía él). (R. Llamas / F. Vidarte 2001, *Extravíos*, 84).

³¹ [...] al tener yo piquito de oro y estar acostumbrada al charloteo me salen mucho mejor los diálogos -vamos, que ya quisiera él- y, después, porque al ser yo mujercísima desde que nací -es decir, que yo el sexo lo tenía por parte materna, no como otras que se lo han incrustado de adultas-, bueno, que al ser de condición femenina como la femineidad misma, no incurrirá el Autor en la falta que mi secretaria atribuía a otros escribanos homosexuales, que les salen mujeres que son ellos y no fieles retratos de una planchadora de Vallecas on the Plain [...]. (T Moix 2000, *Chulas y famosas*, 164)

³² [Hermana] No es una monja ni una hermana carnal ni, por supuesto, una mujer nacida mujer. (L. Alas 1994, *De la acera*, 100).

³³ El dato se lo debo a Leopoldo Alas.

³⁴ Recientemente el término fue difundido en los medios de comunicación después de que el presidente norteamericano Bush lo lanzara como insulto contra el candidato demócrata John Kerry:

Como decía un columnista recientemente en el *The New York Times*: "Sólo en un año electoral dominado por la ficción puede un mariquita (sissy), que se valió de la influencia de su papá para no ir a Vietnam, describir a un verdadero héroe como un nenaza (girlie-man)". Naturalmente, el mariquita es el presidente Bush y el héroe, el senador Kerry. (*El País*, 22-9-2004).

En relación con los tratamientos conviene añadir el uso de *Miss* ('señorita') por Miss Shangay Lily, que es el nombre asumido por la primera drag queen en España y con el que firma sus libros y ensayos como afamado escritor, tras renegar de su nombre bautismal, Enrique Hinojosa. De este modo refleja de un modo de lo más icónico la voluntad transgresora contra la clasificación de géneros, que está en la base de su filosofía queer.

Este sobrenombre no es un caso aislado. Dado el ambiente de afeminamiento, entre las drag queens no es raro encontrar nombres artísticos como el anterior (por ej. *la Veneno*, bien conocida en el mundo del espectáculo actual), pero es que además, entre los mariquitas, llamarse con un apodo femenino ha sido un patrón muy frecuente, hoy casi desaparecido pero que alcanzó su cenit en tiempos de la dictadura franquista, pues la clandestinidad no invitaba a revelar la identidad. En la novela *El anarquista desnudo*, de Lluís Fernández (1978), ambientada en la España de los setenta, a casi todos los personajes se los nombra por su apodo (*Maruja Coño de Hierro*, *Susi la Polvorera*, *Loli la Carajillo*, *la Butano*, *La Pequeña Lulú*, *Lita Bermellón*, *la Washingtona*...). Otro buen botón de muestra, ya en el plano de la realidad, es el de Carlos A. Biendicho, presidente de la Plataforma Gay del Partido Popular, al que a la muerte de su primera pareja, sus amigos y todas sus "hermanas" (*la Iluminada*, *la Mueble*, *la Eléctrica*, etc.) le llamaban *Tita Carlota*. [comunicación personal].

En el terreno de la onomástica también cabe mencionar la costumbre de algunos gays de los ochenta de utilizar nombres femeninos de personajes históricos o artísticos de renombre para definir a determinadas personas. Pereda (1989) documenta, entre otros, el de *Juana de Arco*, para referirse a un homosexual mártir y santón; el del que fuera presidente de la URSS, Gorbachov, en la forma *Gorvachevka* (para aludir a un gay muy rojo, o pro-soviético), y, entre las artistas y folclóricas, *Rocío Jurado*, *Montserrat Caballé* (*ser muy Caballé* 'ser altiva, divina'), *Lola Flores* (*ser muy Lola*, 'gustar de taconear y poner una cara entre muerta y poderosa').

La asociación con la mujer lleva a utilizar el nombre del órgano genital de ésta, la vulva, en cualquiera de sus variantes argóticas (*coño*, *chocho*, *chichi*, *chumino*), en lugar de *ano*. Conviene recordar que ambos órganos cumplen una

misma función en la relación sexual al ser receptores de un pene que les proporciona placer. La siguiente cita literaria, con *chumino*, sirve al novelista para caracterizar a un mariquita:

Era una mariquita sin desflorar, sabia y altamente tecnificada pero todavía sin romper el himen, y el chumino me hacía chup-chup y el culo agua de limón al ver cómo el jovencito extendía delante de mí el colgajo vibrátil que tanto me obsesionaba. [...]. (Lluís Fernández 1979 [1978], *El anarquista desnudo*, 126).

También queda bastante claro este significado en la voz *chocho*, en un chiste de La Veneno, de los años 90, tantas veces contado por las drag queens en sus shows: "Soy una mujer polaca, y tengo el chocho atrás como la vaca". Entre otros modismos que recogen estos nombres pueden citarse *hacerle el chocho palmas a alguien*, que significa 'tener el ano muy abierto, como consecuencia de haber sido penetrado en demasía' (también se emplea en un ambiente hetero, entre chicas), y *me gotea/pica/ruge el chichi (chocho, esfínter, coño)* que en la jerga gay indica estar excitado sexualmente. (Según Pereda 1989, *chichi* es más afectivo, *coño* es poco utilizado por su carga machista, y *esfínter* se utiliza entre "locas" que son muy amigas. "Me gotea el chichi" también se utiliza entre chicas heteros).

De la frecuencia de estos usos y su expresividad es muy indicativo el empleo de *chocho* como término de tratamiento empleado en tono cariñoso entre gays, cuando hay mucha confianza, como sinónimo de *mari*.

-Chocho, te lo dice la Mercurio. Esto promete. (E. Mendi-cutti 2003 [1987], *Siete contra Georgia*, 14).

También se emplea *chochona* referido al homosexual blando, tranquilo, y homosexual amanerado (como lo define el GDA), aunque es probable que el término, en uso en los años 70 y 80, probablemente provenga, o haya reforzado su uso, a partir del nombre de una muñeca grande que se exhibía en las tómbolas de las ferias.

Cuéntale tus penas a la chochona [...] (*El Mundo*, 18-12-1998, Supl. "La Luna del Siglo XXI", nº 11).

Con bastante mala suerte, por cierto, porque una de las manitas de la chochona acierta de lleno en mi ojo izquierdo. (Alex de la Iglesia 1998, *Payasos en la lavadora*).

En relación con los genitales está el sexo y erotismo, y en lógica analogía, las bragas se convierten en esta jerga en calzoncillos. *Caerse las bragas (a una)* entre mariquitas, significa 'estar muy excitada y colgada por un hombre' (Pereda 1989), como en la frase documentada oralmente "Mira, vi a un tío que se me cayeron las bragas a peo".

El estereotipo femenino en la visión del homosexual está tan arraigado en nuestra cultura que para caracterizar el porte amanerado de algunos personajes como la mariquita o el travesti, o, irónicamente, la falta de él, el escritor a veces recurre a formaciones verdaderamente insólitas mediante una distorsión morfológica de palabras que son masculinas por su esencia, como *hombre, macho*, o por su terminación (*armario*). Examinemos las siguientes citas donde recogen los términos morfológicamente forzados *hombra, macha* y *armaria*, expresivos de estos propósitos estilísticos.

Hombra se usa en femenino, en boca de un travesti, en una de las novelas de Eduardo Mendicutti:

Conozco yo a dos, La Crafor y la Coquina, que se alternan –según las circunstancias, la *hombra* es una o la otra, que se tienen sus temperamentos enseñados divinamente–, pero eso es un caso raro. Lo normal es que siempre le toque apechugar a la misma con la voz cantante. (E. Mendicutti 2001 [1988], *Una mala noche*, 108).

Más frecuente es *macha*, empleado como adjetivo sinónimo de *machirulo* en un tono despectivo para referirse al homosexual que pretende ostentar atributos exclusivamente viriles, o adoptar actitudes exclusivamente activas durante el intercambio sexual (Cardín 1978). Generalmente se utiliza en tono irónico y para destacar exactamente lo contrario (Pereda 1989). Por este motivo se entiende que quienes emplean esta designación de modo característico sean las locas u homosexuales con pluma (Guasch 1995:90).

En cuanto a *armaria* se hace presente sobre todo en el compuesto *marica armaria*, utilizado para referirse al homosexual reprimido, que se resiste a 'salir del armario'.

El tan extendido prejuicio de que la marica visible cae por fuerza en el estereotipo es tan falaz como verdadero es su contrario, a saber, que el único estereotipo es el de la marica armaria, donde no hay lugar para la diversidad ni para el despliegue de seña de identidad personal alguna que nos haga diferentes. (R. Llamas / F. Vidarte 2001, *Extra-víos*, 276).

—“Chifladas”, ese término no lo tenía yo en mis notas.

Muchas gracias. ¿Es asimilable más a “locazas” o a “maricas armarias”? (Luis Algorri, *Tiempo*, 3-2-2003).

Esta distorsión de la morfología no es algo perteneciente solo a la ficción. En la jerga gay de la Barcelona de los ochenta Pereda (1989) documentó formas que romperían toda la norma de lo esperado, como *autobusa* y *taxa*.

Esta distorsión morfológica también alcanza a algunos adjetivos, cuando, siendo invariables en cuanto a género, adoptan la desinencia femenina que por tanto no les corresponde, como en la siguiente cita en la que *hippie*, aparece con un forzado femenino, *hippisa*³⁵, para caracterizar en el ambiente de mariquitas de una novela al que adopta prendas y gustos de los hippies:

Ha dejado el puesto de maestro en Fontilles, y no como se creía de tuberculosa, y, cogiendo “la vida y la mochila”, se ha hecho *hippie* o *hippisa* —está claro que en mariquita— y se ha ido a correr mundo. [...]. (Lluís Fernández 1979 [1978], *El anarquista desnudo*, 101).

Más sorprendente es encontrar este rasgo con otras palabras patrimoniales, como *homosexuala* y *heterosexuala*, que Pereda (1989) escuchó en el ambiente de los gays, en un tono despectivo y humorístico. *Homosexuala* lo refiere al homosexual que se expresa como tal sin tapujos, esto es, con pluma, al sentirse orgulloso de serlo, y *heterosexuala*, al heterosexual sobre el que recaen sospechas de que “entiende”. (También se emplea en referencia a cualquier heterosexual). La ficción gay nos proporciona ejemplos recientes:

³⁵ Pereda (1989) documenta con el mismo significado *hippyosa*, que parece más asumible por el reconocimiento del sufijo *-oso*, en su forma femenina.

—¿Es lesbiana como tú? / —No. Es heterosexuala como una portera de Argüelles. (T. Moix 2000, *Chulas y famosas*, 96).

Lourdes, como siempre está reticente al halago fácil. El momento más importante de mi vida y ella a lo suyo, sus putos problemas de heterosexuala aburrida. (Shangay Lily 2002, *Mari*, 234).

No menos curiosa parece la creación *hetera*, en función adjetival, derivada a partir de *hetero-*, y que esperaríamos fuera invariable por tratarse de un elemento combinatorio a modo de prefijo (semejante a *homo-*):

También las chicas heterosexuales atan más corto a sus machos. Estos chicos, podríamos decir que también “sacan pluma”; pluma hetera: rebotante testosterona, alardean de virilidad [...] (R. Llamas / F. Vidarte 2001, *Extravíos*, 25).

A la vista de tantos ejemplos podemos concluir con Pereda (2004:14) que toda palabra es susceptible de feminizarse en el argot gay. Aunque algunos maricas hacen un profuso uso y ostentación del femenino, lo normal es caer en el cambio de registro, lo que conduce esporádicamente a faltas de concordancias, como la que registra la cita que sigue, a la que quizá no sea ajena una intención estilística al servicio de la caracterización del travesti:

“Hacer reír como “travestí” no es nada fácil: el público quiere ver chicos muy guapas” (“La bella Mimí... oh!, *Party*, 13-2-1978).

Por último, interesa señalar que la costumbre del tratamiento en femenino entre afeminados y homosexuales no es sólo un rasgo del español contemporáneo, o del pasado reciente, se detecta también en épocas más remotas, aunque el fenómeno no alcanzara la misma extensión. Así, del Siglo de Oro Carrasco (1985:101) recoge algunos testimonios evidentes, como el de dos panaderos a los que se escucha una noche este diálogo: —¡Mujer mía! — ‘Marido mío!, y el del mariquita que llama a otro “mi puta” (p. 135). Y el Padre de León, también en el siglo XVI menciona el caso de un fraile de apellido Pizarro al que, por hablar muy afeminadamente, llamaban la Pizarra. (Herrera 1981:437).

Reflexiones finales

En casi todas las culturas que conocemos³⁶, el afeminamiento como estilo de conducta o aspecto que recuerda el de la mujer, es considerado inadecuado en el varón, en tanto se asocia “equivocadamente” con “todos” los homosexuales. Incluso así fue juzgado en sociedades como la griega, en que la práctica homosexual —o pederástica, para ser más exactos— estaba institucionalizada (Guasch 1995:52). Este trabajo ha intentado poner bien de manifiesto de qué manera este hecho se refleja en la lengua española principalmente, dado el enorme caudal de voces con una referencia femenina más o menos directa que hacen alusión al homosexual (y no sólo al afeminado), y para ello he pasado revista a las principales asociaciones que por vía figurativa (metafórica o metonímica) se establecen con la femineidad.

Pero ello es o termina siendo parte del léxico general, más novedoso y sorprendente será para el lector común descubrir lo que de femenino tiene el vocabulario que emplean algunos homosexuales entre sí y que he examinado en el segundo apartado. La feminización del lenguaje es reflejo de la especie de afeminamiento que algunos homosexuales sienten en su psique, sobre todo aquellos que tienen “pluma”, por lo que no es raro encontrar algunas de estas pautas también en épocas pasadas y en otros idiomas. En español el fenómeno alcanzaría su cenit en los años 70 y 80, al calor de los nuevos aires de libertad que empezaron a soplar en nuestro país con el despertar democrático. En esa época alcanzó gran visibilidad la imagen de la mariquita “loca”, o “maricona”, tradicionalmente asociada al habla en femenino, y objeto de crítica por parte de la sociedad en general, y lo mismo ocurrió con las “queens” en Inglaterra (Thorne 1997:312). De todos modos, en tiempos del franquismo, la “maricona”, a la que se suponía un papel pasivo en la relación sexual, contó con cierta permisividad y tolerancia al escapar por la vía del chiste y la caricatura al con-

³⁶ Me refiero a las que nos circundan dentro de nuestro mundo occidental, a veces llamado “civilizado”, en clara muestra de etnocentrismo, pues en sociedades exóticas, mal llamadas “primitivas”, los contraejemplos serían numerosos. El ejemplo más comentado por los antropólogos es el de algunas tribus amerindias donde los varones que prefieren no ser guerreros (los “bardajes”) permanecen al cuidado de la casa y gozan de reconocimiento social. Sobre estos y otros casos, puede consultarse la monografía de Cardín (1984).

trol social formal que el contexto de homofobia imponía, en contraposición al estereotipo del “maricón”, imaginado como activo y peligroso (Guash 1995:60). Hoy, pese a haber quedado devaluada su figura, por la emergencia y creciente influencia de nuevas subculturas que rinden culto a la hiper-masculinidad (“osos”, “leather”), todavía subsiste y subsistirá pues siempre habrá quien nazca con pluma, y no quiera o no pueda reprimirla, y quien voluntaria y alegremente la adopte con propósitos artísticos (“drag queens”).

En cuanto al lenguaje femenino, aunque declinó a partir de los 90, y es objeto de crítica y rechazo por buena parte de los homosexuales, especialmente los más convencionales, y los más machos, aún continúa vigente también. En el curso del trabajo de campo realizado para este estudio pude constatar la diferente familiarización con este léxico según generaciones pero también las distintas reacciones y actitudes, sin que faltara quien ironizara sobre mi propia investigación al considerar ese estilo del lenguaje como producto del pasado³⁷; no en vano en la bibliografía se le define como “estilo camp”, con las connotaciones de antiguo y *demodé* que tiene este término

Ahora bien, en relación con este punto será interesante reflexionar sobre su funcionalidad. Algunos me han argumentado que el uso del femenino en lugar del masculino en el habla de los gays en el pasado, tanto en la sintaxis como en la onomástica (apodos de los propios gays), respondía a la función críptica que es esencial en el argot, lo que se entendería en un contexto de opresión social, como la sufrida por los homosexuales en el Reino Unido hasta hace pocas décadas, y mejor aún en un clima de dictadura como la franquista en España. (Puede imaginarse por ejemplo a alguien llamando por teléfono con lo que de ese modo se confundiría a los posibles oyentes curiosos por seguir la conversación) Pero esto es sólo parte de la verdad, pues la mayoría de las veces, aunque el hecho sea más notorio en la época actual, este estilo de lenguaje tiene lugar en ambientes relajados en los que los únicos participantes son los propios gays, y su empleo cumple una doble función: una función esencialmente “argótica”, al mostrar una connivencia que da cohesión al grupo; y una función “catártica” y de

³⁷ Véase por ejemplo, Luis Algorri, “El investigador”, *Tiempo*, 3-2-2003, donde, sin citarme por mi nombre, el periodista alude a la entrevista que le hice.

marcado signo contracultural, al intentar por medio de la parodia socavar los cimientos de la sociedad sexista y heteronormativa, todo dentro de un estilo muy "queer".

A la luz de estos argumentos se entienden –aunque sorprendan a más de uno– las palabras de Alas (1994:87-88) cuando afirma que a las últimas generaciones les divierte hablar en femenino sin pluma: ““¡Por favor, señora!”, le dicen al camarero que no les atiende; y llaman “mujer” a la mayoría de los hombres (en especial si son personajes públicos), aunque no sean homosexuales. Esto no guarda ninguna relación con la militancia gay; es simplemente un reflejo surrealista, una forma de rebeldía contra el gran absurdo de un mundo sin valores que ha perdido para siempre sus viejos perfiles”.

Con este artículo y otros anteriores (Rodríguez 2005, 2007 y 2008), pretendo poner mi grano de arena sobre la investigación en nuestro idioma de un campo bastante yermo que podríamos denominar, a falta de un término mejor, lingüística *queer*³⁸, en claro contraste con la extensa (aunque casi desconocida) bibliografía anglosajona que ha aparecido en las dos últimas décadas³⁹. El que esta temática no haya interesado mucho en el mundo académico, entre lingüistas y filólogos, ni siquiera en las ramas donde pudiera esperarse

³⁸ El término lo utilizo de modo genérico para referirme al lenguaje de la homosexualidad y de los homosexuales (gays y lesbianas) pero también de todos cuantos pueden englobarse bajo la etiqueta del transgénero. Y al hacerlo pretendo superar la imprecisión de un término como "homosexual", que no tendría en cuenta a estos últimos, así como la ambigüedad y confusión a que nos puede llevar el de "marica", con el que se viene traduciendo *queer*, al emplearlo en el sintagma "lingüística marica" para referirnos también al lenguaje lésbico. Recientes teóricos de la sociolingüística y la antropología lingüística, como Barrett (2001:36-37), al cuestionar la existencia de una "comunidad homosexual" emplean la etiqueta ("queer linguistics", en inglés) en un sentido más genérico, examinando el lenguaje en la medida en que sirve para indexar los atributos sociales o rasgos de la personalidad asociados con miembros prototípicos de una de esas categorías de identidad más que para indexar la categoría misma.

³⁹ De los escasísimos trabajos de cierta extensión e interés relacionados con el lenguaje homosexual, cabe destacar los de Carlos Valcárcel (1988) y Jesús Moihnos (1999/2000), aparecidos en una revista de poca circulación pero muy estimable nivel, *Fluxos* (tristemente desaparecida tras sus tres primeros números por falta de respaldo oficial de la Xunta de Galicia), y, con un carácter lexicográfico, los de Ferrán Pereda (1999), reimpresso en la Introducción de su diccionario (2004), y de M^a Ángeles Calero (2002). Otros trabajos más secundarios pueden verse citados en el artículo bibliográfico contenido en Rodríguez (2007:221-223).

una mayor afinidad y sensibilidad, como la sociolingüística y la antropología lingüística, puede ser indicativo de la actitud de una sociedad que aún ve la homosexualidad en términos de “desviación”, lo que impide examinar los intrincados vericuetos del lenguaje con criterios que no sean heteronormativos. Sin embargo, nuevas exploraciones en este campo se hacen del todo necesarias si queremos profundizar y comprender mejor no sólo las cuestiones y problemas relacionados con el lenguaje y el género, sino también otros aspectos que tienen que ver con la pragmática y la variación sociolingüística, y las complejas relaciones del lenguaje y la sexualidad de los grupos humanos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAS, Leopoldo (1994): *La acera de enfrente*. Madrid: Temas de Hoy.
— (2002): *Ojo de loca no se equivoca*. Barcelona: Planeta.
- ALCALÁ VENCESLADA, Antonio (1998): *Vocabulario andaluz*. Jaen: Universidad de Jaén/Caja Sur. Edición facsímil de la impresa por la RAE en 1951.
- ALLEN, Irving Lewis (1990): *Unkind words*. Nueva York: Bergin & Garvey.
- Arnalte, Arturo (2003): *Redada de violetas*. Madrid: La Esfera de los Libros
- AYERRA, Ramón (1979): *Los ratones colorados*. Madrid: Ediciones Peralta.
- AYTO, John (1994 [1993]): *Euphemisms*. Londres: Bloomsbury.
- BARNHART, R.; STEINMETZ, Sol (eds., 1988): *The Barnhart Dictionary of Etymology*. The H. W. Wilson Company.
- BARRETT, Rusty (1997): “The ‘homo-genius’ speech community”, en Livia / Hall 1997, 181201.
- (2001): “Is queer theory important for sociolinguistic theory”, en *Language and Sexuality: Contesting Meaning in Theory and Practice*. Stanford: CSLI Publications, 25-43.
- BAZÁN, Osvaldo (2004): *Historia de la homosexualidad argentina. De la conquista de América al siglo XXI*. Buenos Aires: Marea.
- BOSWELL, John (1992 [1980]): *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*. Trad. Marco-Aurelio Galmarini. Madrid: Muchnik Editores.
- BREND, Ruth M. (1975): “Male-female intonation patterns in American English”, en Thorne, Barrie/Hendley, Nancy (eds.), *Language and Sex: Difference and dominance*. Rowley, Mass: Newbury House, 84-87.

- BRENNAN, Barbara Ann (1987): *Hands of light*. Pleiades. (Trad. *Manos que curan*, Editorial Martínez Roca, 1993).
- BUFANOL, Sergio; Perednik, Jorge S. (2005): *Diccionario de la injuria*. Buenos Aires: Losada.
- CALERO FERNÁNDEZ, M^a Ángeles (2002): "Homosexualidad y heterosexualidad en los diccionarios: ¿tabú lingüístico o cuestión de género?", en Vigara, Ana M^a; Jiménez, Rosa M^a. *Género, sexo, discurso*. Madrid: Laberinto, 47-101.
- CARDÍN, Alberto (1978): "Diccionario sucinto para el lector no entendido", en Copi, *El baile de las locas*. Barcelona: Anagrama, 153-157.
- (1984). *Guerreros, chamanes y travestís*. Barcelona: Tusquets.
- CARRASCO, Rafael (1985): *Inquisición y represión sexual en Valencia. Historia de los sodomitas (1565-1785)*. Barcelona: Laertes.
- COROMINAS, Joan [con la colab. de José A. Pascual] (1980): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- DE LA IGLESIA, Álex (1997): *Payasos en la lavadora*. Barcelona: Planeta.
- DE LA PAVA, Diana (2000): "Vocabulario del lenguaje gay en Hispanoamérica, España y los Estados Unidos", [http:// gente.chueca.com](http://gente.chueca.com).
- DE MIGUEL, Jesús y MOYER, Melissa G. (1987): *La cárcel de las palabras*. Bilbao: Ediciones Mensajero.
- DRAE: *Diccionario de la Real Academia Española*. Madrid: Real Academia Española.
- ELWIN, Esther y ELWIN, Albert E. (1995 [1994]): *The Wordsworth Thesaurus of Slang*. Ware, Herfordshire: Wordsworth Editions Ltd.
- ENGUix GRAU, Begoña (2000): "Sexualidad e identidades: Identidades homosexuales", *Gazeta de Antropología*, nº 16.
- ESPEJO MURIEL, Carlos (1990): *Grecia; Sobre los ritos y las fiestas*. Granada: Universidad.
- (1997a): "El modelo pederástico griego", en *II Reunión de historiadores del mundo antiguo. Homenaje al prof. Fernando Gascó*. Sevilla, 379-390.
- (1997b): "¡La transgresión al poder! (el emperador Heliogábalo)", en Buxán, José (ed.), *Conciencia de un singular deseo*. 123-148.
- (2001): "El dulce silencio de Hilas. La 'homosexualidad' en Grecia y Roma", *Orientaciones*, nº 2.
- Salvador Ventura, F. (1988): "Veronae amantes: Catullus et Iuven-tius", *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, 61-78.
- FERNÁNDEZ, Lluís (1979 [1978]): *El anarquista desnudo*. Barcelona: Anagrama.
- FÉRRIZ PAPÍ, Juan Antonio (2005): "Conceptos generales sobre homosexualidad y transexualidad", en Simonis, Angie (comp.), *Educación en la diversidad*. Barcelona: Laertes, 19-35.
- GARCÍA PAVÓN, F. (1970): *Las hermanas coloradas. Plinio en Madrid*. Barcelona: Destino.

- GARCÍA MOUTON, Pilar (1999): *Cómo hablan las mujeres*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- GDA: CARBONELL BASSET, Delfín (2000): *Gran diccionario del argot. El Soez*. Barcelona: Larousse.
- GRAHN, Judy (1990 [1984]): *Gay words, gay worlds*. Boston: Beacon Press.
- GREEN, Jonathon (1994 [1993]): *Slang down the ages*. Londres: Kyle Cathie.
- (2002 [1998]): *Cassell's dictionary of slang*. Londres: Cassell & Co.
- GUASCH, Óscar (1995 [1991]): *La sociedad rosa*. 2 ed. Barcelona: Anagrama.
- HERRERA PUGA, Pedro (ed., 1981): *Grandeza y miseria en Andalucía. Testimonio de una encrucijada histórica 1578-1616*, Padre de León, 1616. Granada: Facultad de Teología.
- INFANTE, José y ALAS, Leopoldo Alas (2002): *¿Entiendes de cocina?* Barcelona: Martínez Roca.
- INGEMANN, V. (1981-82): "Albus and ater-a double entendre in Catullus 93", *Classica et Mediaevalia* [Copenhague], 145-148.
- JACOBS, Greg (1996): "Lesbian and gay male language use: A critical review of the literature", *American Speech*, 71, 1, 49-71.
- JONES-REID, M. F. et al. (2000): *Mexican slang plus graffiti*. 2ª ed. Round Rock, Texas: Bueno Books. (1ª ed., 1992)
- LAKOFF, Robin (1975): "Language and woman's place", *Language in Society*, 2, 45-80. (Reproducido en forma de libro en Nueva York: Harper, 1975).
- LILY, Miss Shangay (2002): *Mari, ¿me pasas el poppers?* Barcelona: Plaza & Janés (Colección Debolsillo).
- LIVIA, A. y HALL, K. (eds., 1997): *Queerly Phrased: Language, Gender and Sexuality*. Oxford: Oxford University Press.
- LLAMAS, Ricardo (1997): *Miss Media: Una lectura perversa de la comunicación de masas*. Barcelona: Llibres d'Index.
- VIDARTE, Francisco (2001): *Extraviados*. Madrid: Espasa-Calpe.
- LÓPEZ ZANÓN, Antonio (1970): "Manifestaciones psiquiátricas en los fumadores de grifa", *Cuadernos madrileños de Psiquiatría*, 1, 2, 1-45.
- LUNA, Félix (1976): "El desvancito: Homosexualidad y etimología", *Todo es Historia* (Buenos Aires), nº 115, p. 36.
- MENDICUTTI, Eduardo (2003 [1987]): *Siete contra Georgia*. 3ª ed. Barcelona: Tusquets.
- (1997 [1989]): *Tiempos mejores*. Barcelona: Tusquets.
- (2001 [1988]): *Una mala noche la tiene cualquiera*. Barcelona: Tusquets.
- MIRA, Alberto (2002 [1999]): *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lesbica*, (2ª edición revisada y ampliada). Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- (2004): *De Sodoma a Chueca*. Barcelona: Egales.

- MOINHOS PARDAVILLA, Jesús (1999-2000): "Signos e códigos na comunicação nom verbal entre gais", *Fluxos* (Santiago de Compostela), 2, 42-58.
- MOIX, Terenci (1997 [1991]): *Garras de astracán*. Barcelona: Planeta.
- (2000): *Chulas y famosas*, 5ª ed. Barcelona: Planeta. (1ª ed., 1999).
- NEAMAN, Judith S. y SILVER, Carole G. (1984 [1983]): *A Dictionary of Euphemisms*. Londres: Unwin.
- NILSEN, Alleen Pace (1972): "Sexism in English: A Feminist View", en Hoffman, Nancy et al. (eds.). *Female Studies VII*: Old Westbury, N.Y.: The Feminist Press, 102-109.
- PEREDA, Ferrán (1989): *El cancanéo: Diccionario de argot gai*. Trabajo inédito. Universidad de Barcelona.
- PEREDA, Ferrán (1999): "El cancanéo. Comunicación y argot en gays, lesbis y trans", *Archipiélago*, nº 67, oct., 83-99.
- (2004): *El cancanéo Diccionario petardo de argot gai, lesbi y transsexual*. Barcelona: Laertes.
- PIKE, K. L. (1945): *The intonation of American English*. Ann Arbor: Univ. of Michigan Press.
- RAMONCÍN [José Ramón Martínez Márquez] (1993): *El tocho cheli: Diccionario de jergas, germanías y jerigonzas*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- RODRÍGUEZ GÓNZÁLEZ, Félix (2005): "Principales términos de caracterización homosexual: apuntes lexicográficos y sociolingüísticos", en A. Simonis (comp.), *Educación en la diversidad*. Barcelona: Laertes, 103-120.
- (2007): "Estereotipos y términos de caracterización homosexual", en (Rodríguez, F., ed., *Cultura, homosexualidad y homofobia*. Vol. I: *Perspectivas Gays*. Barcelona: Laertes, 105-133.
- (2008): "The feminine stereotype in gay characterization. A look at English and Spanish", en Gómez González, María de los Ángeles; Mackensie, Lachlan; González Álvarez, Elsa (eds.), *Languages and Cultures in Contrast and Comparison: Amsterdam: Amsterdam/Philadelphia*: John Benjamins, 221-243.
- (2008): "Anglicisms in Spanish homosexual terminology", en Fischer, Roswitha; Pulaczewska, Hanna (eds.), *Anglicisms in Europe. Linguistic diversity in a Global Context*. Cambridge: Cambridge Scholars Press, 247-272.
- (2008): *Diccionario gay-lésbico. Vocabulario general y argot de la homosexualidad*. Madrid: Gredos.
- SASLOW, James M. (1989 [1986]): *Ganimedes en el Renacimiento. La homosexualidad en el arte y en la sociedad*. Madrid: Nerea. (Trad. Belén Fortea Peredo).
- SONENSCHIN, David (1969): "The Homosexual's Language", *Journal of Sex Research*, 5, 281-291.
- STRAIT, G. (1961): *The Lavender Lexicon*. San Francisco: Strait

- TEJADA, Ricardo y RODRIGO, Andrés (1999): "Grecia clásica: Estoicos ¿origen de la homofobia?", en *Historia de la homosexualidad*. Barcelona: Baupres Ediciones.
- THORNE, Tony (1997): *Dictionary of Contemporary Slang*. London: Bloomsbury.
- UMBRAL, Francisco (1983): *Diccionario cheli*. Barcelona: Grijalbo.
- URDANG, Lawrence (1969 [1966]): *The Random House Dictionary of the English Language*. New York: Random House.
- VALCÁRCEL RIVEIRO, Carlos (1988): "Lingua, comunidade e sexualidade: a prensa homosexual na Iberorromania", *Fluxos* [Anuario galego de estudos gays y lésbicos], nº 1, 35-50.
- Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary of the English language* (1994): Nueva York/Avenel: Gramercy Books.
- WHITE, Edmund (1980): "The political vocabulary of homosexuality", en Michaels, L.; Ricks, Christopher, *The state of language*. Berkeley - Los Angeles: University of California Press, 235-246.